

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — Nº 969.

Administración general y Redacción: Passage Saunier, número 4, en París.

SUMARIO.

Monseñor Guibert, arzobispo de París; grabado. — **La Commune, ó el incendio de París por los comunistas.** — **El pozo del asesinato.** — **Incendio del palacio duca de Nancy;** grabados. — **Las ruinas del Hotel de Villa: El patio de las oficinas;** grabado. — **Revista de París.** — **Poesía.** — **Honor á la virtud modesta.** — **El emperador de Rusia en Estrasburgo;** grabado. — **Sucesos de Argelia;** grabados. — **El orgullo de un hombre.** — **Escenas de la vida inglesa: El Obrero.** — **La Nueva Caledonia y los neo-caledonios;** grabados. **Bernabé Rudge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens.** — **Los Paletuvios;** grabado.

Monseñor Guibert,

ARZOBISPO DE PARÍS.

Por decreto del presidente del Consejo, de fecha del 19 de julio de 1871, y mediante la proposición del ministro de Instrucción pública, Monseñor Guibert, arzobispo de Tours, ha sido nombrado arzobispo de París, en reemplazo de Mñor. Darboy, muerto entre los rehenes fusilados por la Commune.

Antes de aceptar el puesto eminente á que le llamaba la confianza del jefe del Poder ejecutivo, dice el *Journal Officiel*, Mñor. Guibert debía dirigirse al Santo Padre, como es necesario hacerlo cuando se trata de la traslación del mismo prelado de un sitio á



MONSEÑOR GUIBERT.

Arzobispo de París.

otro; y todo el mundo apreciará la conveniencia particular de este paso en las circunstancias dolorosas en que se halla la Santa Sede actualmente. Pio IX ha manifestado su completa satisfacción por ver á Mñor. Guibert promovido al arzobispado de París, y el venerable prelado se ha apresurado á escribir al jefe del Poder ejecutivo para anunciarle su aceptación definitiva y ofrecerle la seguridad de su adhesión.

Su carta encierra sentimientos muy elevados, expresados con un lenguaje sencillo y noble.

Hé aquí algunos pormenores biográficos sobre el nuevo arzobispo, cuyo retrato publicamos en esta página.

Monseñor Guibert nació en Aix el 13 de diciembre de 1812, y entró siendo muy jóven en la congregación de la Inmaculada Concepción de Aix, sociedad de la cual vino á ser superior, por orden del papa en 1830: residía entonces en Ajaccio, y allí permaneció hasta el año 1841, época en la cual fué nombrado obispo de Viviers.

Preconizado el 24 de enero de 1842 por Gregorio XVI, fué consagrado en Marsella el 11 de marzo del mismo año, por Monseñor Mazenot, obispo de Marsella, su primer guía en la vida eclesiástica.

El 4 de febrero de 1857 fué nombrado arzobispo de Tours en reemplazo de Mñor. Morlot, llamado al arzobispado de París. Preconizado el 19 de marzo, prestó juramento el 26 de abril y fué instalado el 5 de mayo.

Monseñor Guibert es caballero de la Legión de Honor y asistente del Padre Santo desde el 17 de junio de 1867

X.

La Commune,

Ó EL INCENDIO DE PARIS POR LOS COMUNISTAS.

ODA.

Oderint dum metuum
CICERON.

I.

¡Ruin destino el de Francia! Desastrosa
Guerra, por la codicia provocada,
Desgarró sus entrañas. Vierte sangre
Por cien heridas. Sus sociales vértigos
Son plagas incurables. Mas el cielo,
Piadoso al fin, parece ha decretado
Mitigar su rigor. Íris celeste
De bienhechora paz y de esperanza
Por entre nubes de infortunios brilla.
Pasó la tempestad. No ruje el trueno
Aterrador. El rayo de la guerra
No hiende los espacios, ni ilumina
Con su siniestra luz los horizontes.
Ha cesado el crujir de los aceros
Y el ¡ay! desgarrador de la agonía.
El ángel de la muerte, fatigado
De tanto horror y de exterminio tanto,
Descansa sobre montes de cadáveres,
Por tierra la segur, y replegadas
Sus anchas alas, cual la noche negras.

II.

Estrella mensajera de bonanza
Luce benigna en el azul sereno,
Y el coro de los ángeles entona
El himno de la paz. Tras larga noche
De crímenes y sangre, bella aurora
De púrpura y de oro anuncia al mundo
El fecundante sol del nuevo día.
Salta de gozo el angustiado espíritu
Al contemplar su luz, y eleva al cielo
Gracias el corazón... ¿Era esto un sueño?
¿Era ilusión no más de los sentidos,
Esperanza engañosa del deseo?
Sí, todo era ilusión; la paz no habita
En este mundo triste para el malo.
El enemigo de la paz del alma
Alza otra vez el pabellón sangriento
De la rebelión, y guerra impía
Declara sobre el Sena á los mortales.

III.

Espíritus oscuros y siniestros
Se extienden por París. Ensangrentada
Roja bandera por el viento ondea.
Jefes desconocidos los conducen
A la lucha fatal, alucinados
Por la elocuencia mágica del ángel
Que contra Dios se rebeló en el cielo,
Y la astucia sutil de la serpiente
Que á la tierra robó su Paraíso.
El mismo ángel maléfico los guía,
Encarnado en Marat, á la pelea.
Al frente de sus cívicas legiones,
Con la soberbia que el infierno inspira
Y el orgullo de ver restablecido
El imperio del mal sobre la tierra,
Resuelto avanza el infernal espíritu
De la Commune. En sus manchadas manos
La tea incendiaria y el puñal sangriento
Con rabia agita. Súbito hace un alto
Con su revuelto ejército, delante
De los régios alcázares: dirígeles
Miradas implacables, precursoras
Del golpe del puñal del asesino
Que en las tinieblas de la noche hiere
Al viajero indefenso y lo despoja;

Luego en el roto pedestal colócase
Que ocupaba la imagen de la Francia;
Hace un gesto marcial; silencio ordena
A sus legiones turbulentas; luego
Con estentórea voz que espanta el ánimo
De esta manera su perverso instinto
Y sus pasiones bélicas halaga:

« — Apóstoles sublimes de esa idea
Que va á regenerar el universo:
¡París es nuestro ya! Su poderío,
Su lujo, sus riquezas, sus palacios,
Sus monumentos y oro, que podría,
Bien repartido, convertir la tierra
En verdadero Eden para sus hijos,
Están á vuestro alcance; os pertenecen
Por derecho legítimo: ¡Ocupadlos!
¡Sois fuertes, invencibles! ¡Derribad
Ese social sistema que os oprime!
¡Caigan las sociedades levantadas
Por la arbitrariedad, que perpetúan
Clases y condiciones diferentes
De Dios entre los hijos! Solo un golpe
De vuestro heroico brazo fué bastante
Para reconquistar esta soberbia
Capital del imperio. El enemigo
Que acabais de vencer busca refugio
En las huestes libertas de Versalles,
Centro de la reacción que nos amaga.
¡Allí lo seguireis! Esos tiranos
Á quienes Francia encomendó su suerte
Y su honor militar, nos han vendido
Al extranjero, y ahora, conspirando
Contra la libertad, la monarquía
De derecho divino ó el imperio
Del hombre de Sedan imponer quieren
Á la Francia postrada. ¡Antes la muerte!
¡Perezca antes París! ¡Arda la Francia
Con fuego del infierno, antes que humille
Su frente la Commune ante esos déspotas!..
Mas no, ¡no morirá! Su santa causa
Es inmortal como el derecho vuestro
Á ser libres y ricos... ¡Parisienses!
¡Juremos defender esta bandera,
Y vencer ó morir á ella abrazados! »

IV.

Muerte y ruinas y exterminio y llanto
Lleva por lema en su estandarte escrito:
Arde en su pecho el infernal deseo
De Neron y Calígula. Quisiera
Que los hijos de Dios tuvieran solo,
En junto, una cabeza... ¡Con qué gozo
El gran nivelador la cortaría!
Su misión es la guerra. Al caer del cielo,
Juró por el infierno la ruina
De la creación, y juzga que ha llegado
La hora tan anhelada... ¡La Commune
Servirá de instrumento á su venganza!
Cual desbordado asolador torrente,
Por la real Babel se precipita
Inundándolo todo, destruyendo
Con sus legiones cuanto encuentra al paso,
Palacios, monumentos, la morada
Pacífica, los templos consagrados
Á la oración, el sacerdote humilde
Y el ilustre prelado... ¡Aspira ciega
Á establecer su imperio sobre el polvo
De todo un continente, y su desiguo
Es digno del que á Dios retó en el cielo.

V.

En tanto las legiones que acaudilla
El héroe de Magenta se preparan
Para el choque titánico. Los jefes
Celebran un consejo en el palacio
Del gran monarca, y atacar resuelven
La rebelde ciudad. Contra ella marchan.

Una vez y otra vez con fiero empuje
El doble muro penetrar intentan;
Mas es vano su arrojo. Los rebeldes

Resisten con valor desesperado.
Lluvia de balas y metralla espesa
Diezma sus filas. Lánzanse al asalto...
Acometen de nuevo... El cielo tiembla
Al choque de las armas y el ruido
Del solemne cañón que el aire atruena.
Cárdenas, densas nubes sulfurosas
El sol eclipsan, la ciudad envuelven,
Y convierten en noche el claro día.
Pónese rojo el Sena, y de humo y polvo
Entre gigantes nubes, se derrumban,
Con estrépito horrisono, los fuertes
Inexpugnables, la muralla, el puente
Levadizo, el baluarte, el parapeto
Y los muros de piezas erizados,
Al rebelde arrastrando en su caída.
¡Trance mortal, supremo! Ni se pide
Cuartel, ni se concede. La bandera
Negra, terrible, símbolo sangriento
De guerra á muerte, sin piedad, ondea
Con las enseñas tricolor y roja
En ambos campos. Cierran como fieras
En abrazo mortal. Como las olas
Rujientes y espumosas que los vientos
Rompen contra las rocas del Atlántico
En noche equinoccial del crudo invierno,
Así, pero no así, con mayor furia
Se lanzan las legiones aguerridas
Del herido en Sedan, contra los muros
De París en ruinas. Decidido
Á vencer ó morir en la refriega,
Marat sus huestes hórridas anima
Con ejemplo inmortal. ¡Sonó la hora
Suprema del conflicto! Mac-Mahon
Resuelto, avanza y salva con su ejército
La abierta brecha y los Eliseos Campos.
¡Ya está en París! ¡Se coronó de gloria!...
Mas una y otra vez la barricada
Que encuentra al paso en su triunfal carrera
Su progreso retarda. Fuego horrible,
Como el que consumió la impía Gomorra,
Envuelve á vencedores y vencidos.
Un calor sofocante el rostro quema,
Como el que reina junto al negro cráter
Del Etna irritado vomitando llamas.
El horizonte todo se colora
Con claridad siniestra. ¿Quién produce
Ese incendio infernal? ¿Qué significan
Esas lenguas de llamas que á los aires
Se lanzan conflagrando los espacios
Y amenazando el cielo? ¿De dó vienen
Esos vivos meteoros luminosos
Que cruzan los espacios infinitos
Con blanca luz, volcanizando el viento?
¿Quién los inmensos cráteres abrió
De esos nobles palacios que perecen
En el día inmortal de la victoria,
Por llamas de su seno devoradas?
¿Qué prodigio alimenta esas hogueras
Que consumen las glorias de la Francia
Y el producto de genios inmortales
Con fuego inextinguible? Esos fantasmas
Pálidos, desgredados y sangrientos,
Que como agentes de Luzbel lo atizan,
¿Quiénes son? ¿De dó vienen? ¿Qué sustancia,
Hasta ahora solo usada en las regiones
De las tinieblas, su furor aumenta?
¡El petróleo inflamable! ¡Esas mujeres,
Deshonra de su sexo, que en la obra
De destrucción ayudan á los hombres,
Son hijas de París... de la Commune
Son dignas descendientes de la dama
Que, del Terror en el primer reinado,
En farsa igual representó la diosa
De la Razon! Mas fieras que esos héroes,
Émulos de Herostrato, el incendiario
Del templo de Diana, se han manchado
Con un crimen mas negro. ¡La Commune
Debe estar satisfecha! Sus acciones
Quedan con sangre para siempre escritas
En medio de la Europa. Su existencia
Y su nombre funesto lo maldicen
Y odian con odio eterno los humanos.

Su orgullo hizo correr como un torrente
La sangre, y... la condujo á los infernos.

Nunca del hombre concibió la mente
Idea mas impía y desastrosa.
¡Igualar las fortunas! Valdria tanto
Pretender nivelar los Apeninos
Y el gigante Himalaya con los valles
De Andorra. ¡Lamentable desvarío!
¡Atentado insensato contra el cielo,
Que la justicia humana atropellada
Castigará terrible... si hay castigo
Para crimen tan grande aquí en la tierra!

VI.

Libertad, religion, patria, y tú, gloria,
¡Cuánta sangre ha corrido en vuestro nombre
Desde que el diablo comenzó á invocarlo!
Y tú, igualdad funesta, ídolo hambriento
De los nuevos ídólatras, tus aras
Humean con la sangre de las víctimas
De la Commune. ¿Cuántas hecatombes
Aplacarán tu sed de sangre humana?
¡La civilizacion!... ¡Parece un nombre,
Un sarcasmo sangriento, una mentira!
Los hombres sienten, piensan, se degüellan
Como en tiempo de Omar en nuestros tiempos.
¡Verdad amarga y triste! Mas no reina
La maldad en la tierra; que la ley
Divina é inmutable del progreso
Es inmortal, y aunque se eclipse, brilla
Luego con luz mas nueva, como el sol
Un momento eclipsado por la niebla
Que los miasmas de la tierra forman.
Se insulta la justicia, y se atropella
La divina razon, y se delira
En momentos de fiebre por los pueblos;
Mas ¡nunca prevalecen los malvados
Ni el principio del mal! En su viaje
Hacia la perfeccion, las criaturas
Giran tal vez en círculo de hierro,
Hallar ansiando el ideal celeste
Que llevan en su pecho hasta la tumba;
Mas su misma labor las regenera.

VII.

No teniendo virtudes la Commune
Para legar al mundo un hecho noble,
Ó una idea fecunda, ha deseado
Á los siglos futuros transmitirse
Con la fama, por cierto no envidiable
De un crimen inmortal, y lo ha logrado.
Su rápida existencia y su dominio
Han sido escritos en el libro eterno
De las malas acciones. Vivirá
Para siempre en la historia de los pueblos
Con la inmortalidad de las infamias
Capitales del mundo, y la memoria
De los monstruos humanos, maldecida
Por las generaciones venideras
Mas apartadas, como Cain y Atila,
El primer asesino y el azote
Mas grande de la tierra, y señalada
Como ejemplo elocuente de locura
Y de perversidad á las edades,
Hasta el día en que juzgue la justicia
Divina las acciones de los hombres.

JOSÉ SANCHEZ BAZAN.

El pozo del asesinato.

28 DE JUNIO DE 1811.

En una hermosa mañana de junio del año 1811, la joven y bella Juanita, hija de un comerciante de Tarragona, se dirigia á la catedral. ¡Cuánta alegría brillaba en sus ojos! Una corona nupcial adornaba la frente pura de la virgen, un velo blanco ondeaba sobre su espalda, movido por el soplo ligero del céfiro. Antonio, el hombre que su razon habia elegido, la conducia al pié de los altares.

Contaba apenas Antonio veinte años, era de pequeña

estatura, de miembros poco vigorosos; pero en cambio tenia un cuerpo esbelto y gracioso, unos ojos encantadores y azules, cabellos rubios que en bucles caian sobre su frente. Todas las muchachas del pais aspiraban al amor de Antonio.

Solo Juanita habia logrado cautivar su corazon. Dulce como la embalsamada brisa de los campos de Tarragona, habia jurado desde la edad de quince años no ser de otro mas que de Antonio. Tenia diez y siete años é iba á cumplir su juramento.

Terminada la ceremonia nupcial, los esposos salian de la iglesia, cuando un hombre de formas atléticas y gigantesca estatura se aproximaba repentinamente á Antonio. Sus facciones tenian una expresion feroz, su paso incierto indicaba no sé qué de aterrador é imponente. Reinaba en toda su persona un espantoso desorden. Este hombre se llamaba Luis Gomez.

— ¡Antonio! dijo en voz baja el atleta; yo amaba á Juanita antes que tú. Acabas de pronunciar un juramento en el altar del Señor. Yo tambien, y hé aquí el mio: «He jurado que mi puñal te inmolara la primera vez que en un lugar secreto, lejos de los hombres, nos encontraremos cara á cara.»

Gomez desapareció despues confundido en la multitud.

Nada se oculta al corazon de una amante. Aunque las amenazadoras palabras de Gomez habian sido proferidas al oido de Antonio y de una manera que solo él pudiese oirlas, Juanita las habia, si no distintamente percibido, al menos perfectamente adivinado. Sus megillas se cubrieron de mortal palidez; la felicidad huyó aquel día de su corazon.

Luis Gomez, enamorado hacia mucho tiempo de sus gracias, en vano la habia pedido por esposa. Era el mas temible, el mas valiente contrabandista de aquel pais. Celoso, vengativo, feroz; era hermoso como hombre fuerte y audaz, pero su amor asustaba á las jóvenes. Juanita le habia rehusado su mano.

Tarragona, sitiada en esta época por el ejército francés al mando del mariscal Suchet, se defendia con valor y bizarría. La artillería de los franceses derribaba todos los días muchos lienzos de las murallas y fuertes de la ciudad.

Se abrió al fin una brecha practicable, Suchet intimó la rendicion á los sitiados, so pena de pasar á cuchillo la guarnicion, y no perdonar ni hombres, ni mujeres, ni niños, ni ancianos, y entregar por tres días la ciudad á todos los horrores del saqueo y del pillaje.

¡Inútiles amenazas! Los tarraconenses respondieron con noble orgullo, rechazando á balazos á los parlamentarios del ejército invasor. Se dá la terrible señal el día 28 de junio. Los franceses suben á la brecha, asaltan las murallas, y el toque de alarma suena en esta ciudad siempre valiente, siempre heroica.

Juanita hacia quince días que se habia casado...

— ¡Antonio! exclama, ¡escucha! ¡Acaban de mandar el asalto! ¡Oye el sonido fúnebre de la campana! ¡Antonio, somos perdidos!

— ¡Ay! responde este, yo lo habia previsto, te lo habia anunciado. La ciudad, falta de socorro, va á ceder al número de los franceses. ¡Dios mio, qué gritos!... ¡Ah! ¡han tomado la ciudad, y tres días... tres días de asesinato!... ¡Bárbaros!... ¡á todos nos van á matar!

— ¡Virgen Santísima! ¡tened piedad de nosotros, dijo Juanita, cayendo al suelo de rodillas. ¡Por Antonio, solo por Antonio imploro vuestro favor! ¡Tomad mi vida, pero salvad la suya!

— Ven, Juanita, el cielo me inspira.

Al pronunciar Antonio estas palabras coge en brazos á su casi desmayada esposa, y se dirige con ella hácia un ancho pozo, colocado en medio de la casa. El pozo se hallaba entonces enteramente seco, y encima del brocal habia una gran tapadera de madera medio rota.

— Tomemos víveres para tres días, dijo Antonio apresuradamente, y bajemos al fondo del pozo.

Inmediatamente ejecutaron su proyecto. Los dos esposos están en el fondo del abismo, y la cuerda con que habian bajado desaparece repentinamente con ellos.

En tanto las tropas francesas han asaltado las murallas, y han arrollado victoriosas cuanto se les oponia. La ciudad es abandonada á su furor, entran en ella á fuego y á sangre. No hay piedad, no hay clemencia para sus habitantes.

El intrépido Gomez habia hecho prodigios de valor aquel día, habia combatido hasta lo último en medio de los españoles. No hay salvacion para Tarragona. Huye delante de sus vencedores. Conoce la inexorable ley de la guerra, sabe que no hay refugio posible contra el acero exterminador de los sitiadores. No importa; atraviesa la ciudad. ¿Dónde se dirigen sus pasos? Quiere morir cerca de la sola mujer que ha hecho palpar su corazon de amor en la tierra. Gomez entra en la casa de Juanita.

Ve desierta la habitacion; inútilmente registra las salas. ¿Qué se ha hecho, pues, de la hermosa de su corazon? Ferozes y penetrantes gritos resuenan en aquel mismo instante en la calle. Los asesinos están á la puerta. La muerte está á dos pasos de Gomez. El instinto de la conservacion le arroja á intentar un último esfuerzo para escapar de sus enemigos. El pozo donde se hallan Juanita y su esposo se presenta á su aterrada vista. Anuda precipitadamente diversas ropas á manera de cuerda y vedle ya en el fondo del pozo. Gomez y Antonio «se han encontrado cara á cara en un lugar oculto lejos de los hombres.» El implacable contrabandista no solo se acuerda de su juramento al pié del altar, sino de sus palabras al salir de la iglesia. Tiene un puñal en la cintura, Antonio está sin armas.

Los franceses con sus armas destrozan, destruyen cuanto contiene la pacífica morada de los esposos. Acaban por pegarla fuego, los reflejos del incendio penetran hasta el fondo del pozo, é iluminan las facciones de Gomez en las que en líneas de sangre se lee la muerte de Antonio.

Gomez iba á asirse de su rival, se aprestaba á herirle. Juanita se arroja, se precipita entre los dos.

— ¡Gomez! murmuró en voz baja, si tocas á Antonio grito al instante mismo, pediré socorro, tiembla, los asesinos, los franceses están arriba, si llamo moriremos los tres.

Su resolucion era inalterable, Juanita la hubiera ejecutado, el contrabandista dejó descansar su puñal.

Durante los tres días del saqueo de Tarragona los dos enemigos vivieron juntos en presencia uno de otro. Juanita sola los separaba. Su estrecho refugio habia sido su salvador, ambos rivales olvidando por un momento su odio y sus peligros, se entregaron á su vez al sueño. Juanita sola no durmió nunca.

El tercer día va á espirar. Una alegría bárbara comienza á brillar en el feroz semblante de Gomez. El tiempo de la matanza y del saqueo ha terminado. El orden va á restablecerse en la ciudad. Juanita sin riesgo ni peligro podrá salir muy pronto de aquel abismo. Gomez podrá matar á Antonio.

La tierna esposa, empero ha estudiado al vengativo rival, ha leído en el fondo de su alma.

— ¡Gomez! le decia en voz baja. Gomez, al caer el sol nosotros estamos libres, ¿no es verdad?

Juanita recalcó mucho sobre la palabra *nosotros*. Una siniestra sonrisa se asomó rápidamente á los labios del contrabandista.

— ¡Nosotros! repitió lentamente, sí, nosotros *dos*, pero no nosotros *tres*.

Y en el horrible acento de Gomez se veia su resolucion irrevocable.

Juanita toma su partido, ningun enemigo podia ser mas implacable para Antonio, ninguno mas bárbaro que Gomez. La infeliz, fuera de sí, llena el aire con sus lamentos y gritos. En vano el contrabandista intenta cerrar su boca. Los gritos se han oido lejos, voces confusas responden, algunos veteranos granaderos acuden, se aproximan al brocal del pozo.

— ¡Hola, hola! exclamó uno de ellos, quién demonios da voces allá abajo... á tapar este agujero.

Y los soldados, embriagados de vino y de sangre, precipitaron al fondo del pozo sin saber por qué, ni cómo, muebles medio rotos, piedras, maderos y escombros. Despues se alejaron riendo.

El pozo estrecho en su boca iba ensanchando á medida que adelantaba su profundidad. Las víctimas encontraron aun medio de sustraerse al golpe de los objetos que lanzaron desde arriba los franceses. Pegáronse casi á las paredes del pozo. La luz y el aire no les faltó al través de los objetos allí amontonados, mas ¡ay! una piedra da en la cabeza de la esposa de Antonio, Juanita se ha desmayado...

Pasan muchas horas sin volver en sí, la hermosa catalana abre los ojos. Se halla tendida al aire libre sobre los restos de un destrozado coleccion en el patio mismo de la que fué su casa. Gomez á sus piés, de rodillas, le prodigaba los mas afectuosos cuidados.

— ¿Dónde, dónde está? exclama Juanita, ¿me oyes? ¿Dónde está Antonio?

Sus ojos vagarosos y penetrantes se fijan sobre el puñal del contrabandista. Lo arranca de su vaina, el acero estaba manchado linto de sangre...

— ¡No está aquí! tú le has asesinado, dice con violencia, sí, tú le has asesinado, este acero te denuncia.

Gomez guardó un profundo silencio.

— Su cadáver está en el fondo del pozo, continuó Juanita desolada. ¿No te dignas responderme? ¿Me crees en tu poder? ¡Perdóname, supremo juez de vivos y muertos! me habias concedido á Antonio, yo tuve su amor, tendré su tumba.

Se levanta para lanzarse al profundo pozo. Hay una lucha horrible entre Gomez y Juanita. El miserable no solo ha querido oponerse al funesto proyecto de la hermosa, sino aprovecharse del desorden en que se halla para cometer un crimen mas. Juanita tenia aun en su mano el acero ensangrentado del contrabandista.

¡La viuda ha dado de puñaladas al asesino!

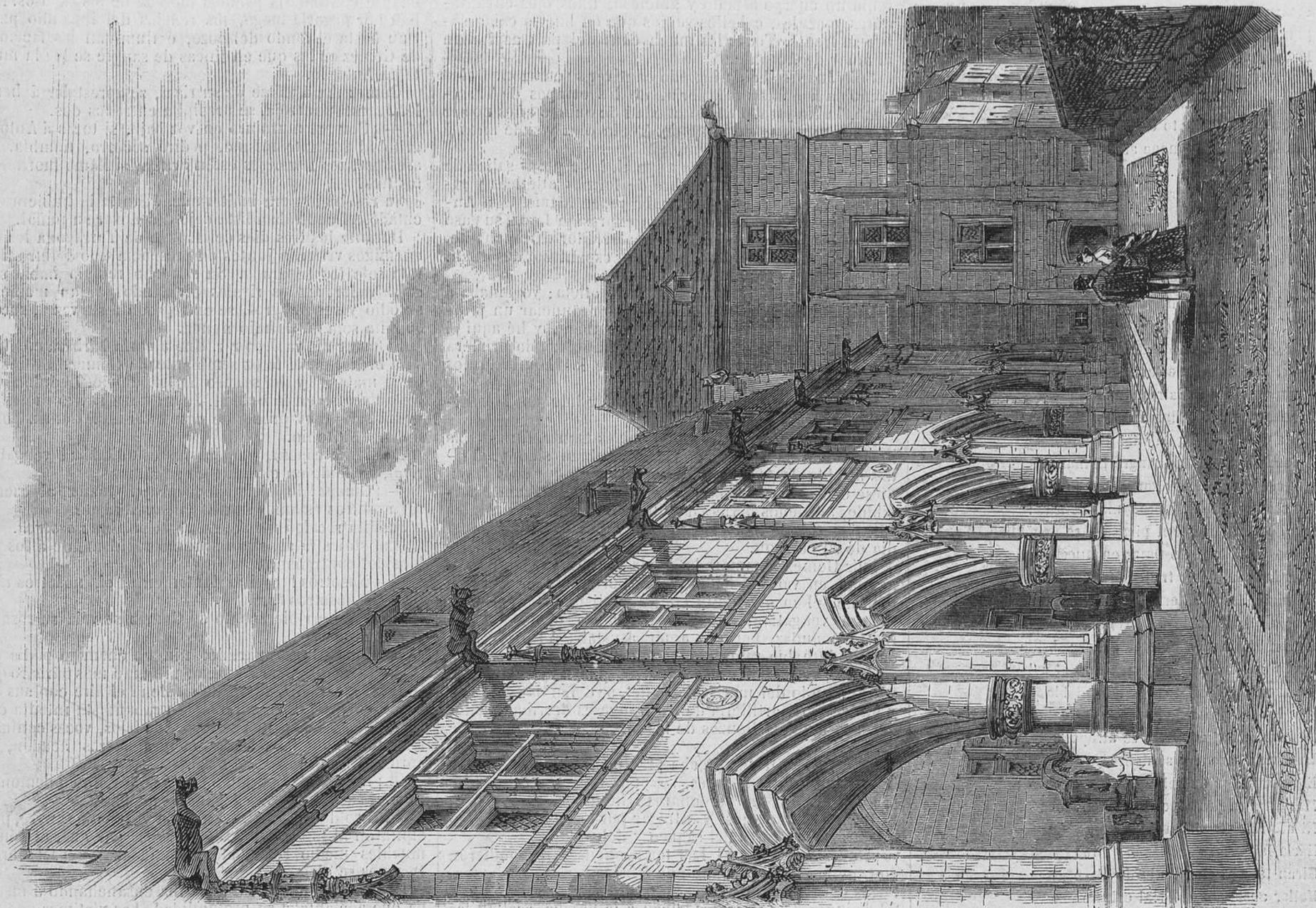
La hermosa Juanita aterrada de la accion que habia cometido, no quiso añadir el suicidio á una muerte. Muchas personas la han visto y tratado despues, pues entró en la órden tercera de San Francisco, y consagró su existencia al cuidado de los pobres enfermos de un hospital, siendo en él un ángel de piedad y de consuelo.

El pozo existe aun y se le llama el *Pozo del asesinato*.

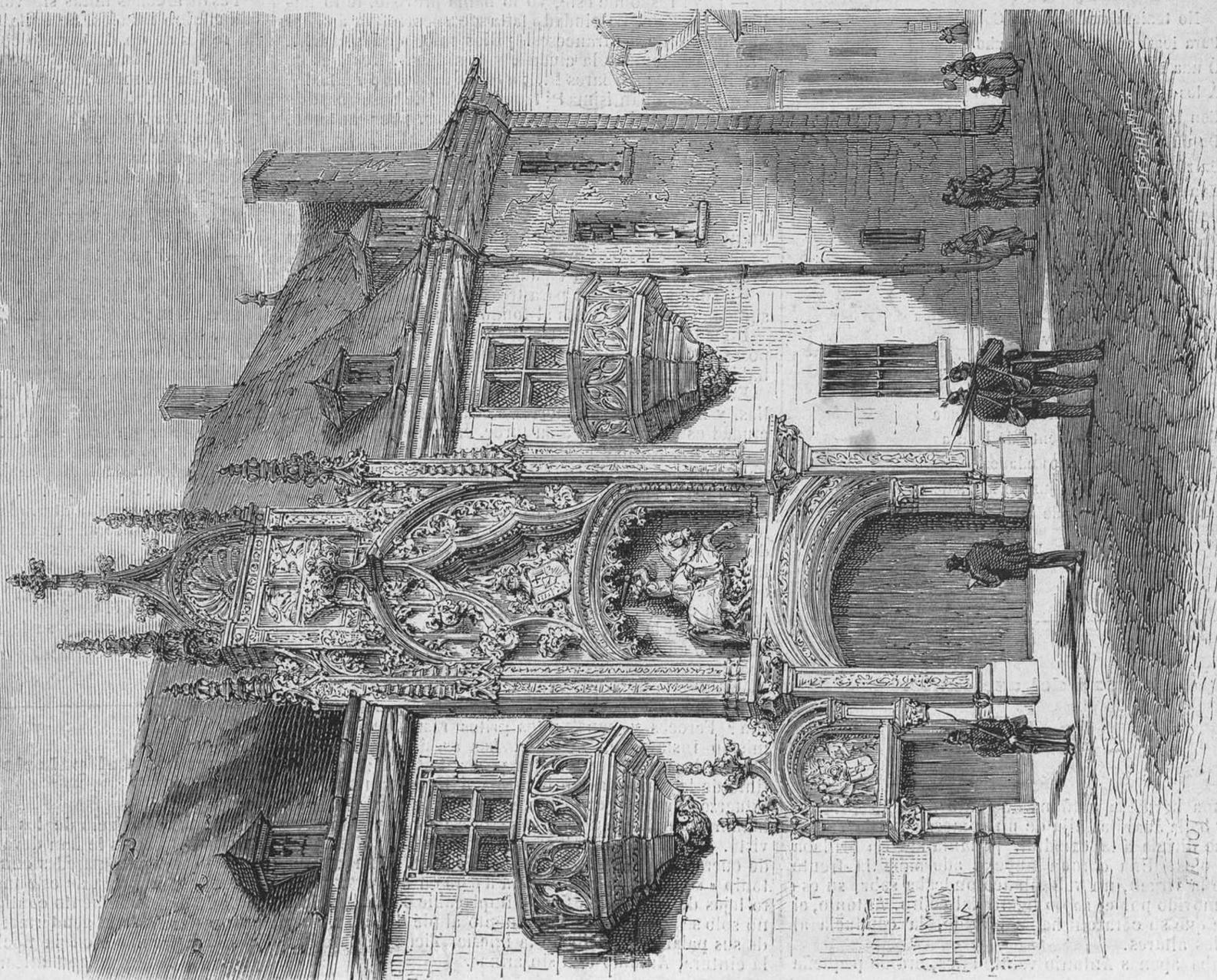
Incendio del palacio ducal de Nancy.

El antiguo palacio de los duques de Lorena ya no existe: las llamas le han devorado, y lo único que queda de él son unas paredes ennegrecidas.

Ignórase la causa de este incendio, que comenzó en la parte del monumento contiguo á la iglesia, donde estaba acuartelada la gendarmeria. El fuego se declaró en lo alto del edificio en la noche del 17 de julio, y al punto las llamas se comunicaron por el vetusto made-



Vista interior.



Fachada.

El palacio de los duques de Lorena en Nancy, incendiado el 17 de julio de 1871.



LAS RUINAS DEL HOTEL DE VILLA. — El patio de las Oficinas.

ramen hasta el museo loreno que vino á ser su presa. Todo Nancy estaba iluminado con los resplandores mas vivos.

Las pérdidas son muy grandes, é irreparables muchas de ellas.

Si se ha podido salvar la famosa tapicería de Carlos el Temerario, la misma que adornaba la tienda del duque cuando la batalla de Nancy; si se ha logrado preservar la colección de armas y armaduras de M. de Rutan, regalada por M. de Jouabert, por otra parte, ¡qué de tesoros han desaparecido! La biblioteca tan rica en manuscritos, los muebles, los escaparates con su contenido, cuatro de ellos llenos de objetos galo-romanos, con muchas piezas únicas, las chimeneas del Renacimiento, la sala de los Ciervos, y los retratos de Carlos IV, del cardenal de Lorena, del príncipe de Commercy, duque de Vaudemont, y los cuadros, uno de Claudio de Lorena, todo esto ha perecido.

Y sin embargo, el mal no ha sido tan grande como habría podido ser en este siniestro.

Aunque con trabajo, se ha conseguido salvar la iglesia contigua al monumento, con sus mausoleos, sus estatuas y su capilla redonda, en cuya bóveda están los sepulcros de los duques de Lorena. Dos veces se prendió su campanario. La dependencia del palacio que está en la plaza Carrière, se vió amenazada un instante, así como la nueva iglesia Saint-Epvre. Un soplo de viento, una chispa, y toda la antigua ciudad se habría quemado.

Es verdad que se acudió á tiempo, y todo el mundo, la población, los bomberos, las autoridades rivalizaron para atajar los progresos del incendio. Desgracias personales no ha habido ninguna.

C. P.

Revista de Paris.

Si el domingo 23 de julio los parisienses dieron una prueba de que los derechos electorales, por los que han suspirado tanto tiempo, les interesaban medianamente, el domingo 30 han confirmado aquella prueba de una manera que no admite réplica de ningún género. Nuestros lectores están ya en antecedentes: saben que por primera vez, la ley votada en la Asamblea de Versalles, concedía á Paris la facultad de elegirse un consejo municipal, y que llamados á las urnas, los electores acudieron en tan escaso número, que apenas salieron nombrados treinta consejeros de los ochenta que deben formar el municipio. La prensa coligada que había obtenido un triunfo relativo en aquella primera elección, ha pasado toda una semana amonestando á los ciudadanos que así se desdennan de ejercer una prerogativa á tanta costa alcanzada, y cuando se contaba con que estas advertencias habrían producido su debido efecto en la masa electoral, para el domingo siguiente, hé aquí que en este día se presentan menos aun y fracasan los esfuerzos de la prensa.

Con efecto, el 23 votaron 112,341; y el 30, se redujeron á 102,843.

Esta vez, sin embargo, el consejo municipal ha sido nombrado por mayoría relativa.

Hé aquí los nombres de los individuos que componen este municipio:

MM. Prestat, A. Adam, Bouruet-Aubertot, Bernard, Jouber, Louvet, Thorel, Loiseau-Pinson, Murat, Bonvalet, Ferré, Leleux, Desouches, Ch. Loiseau, Callon, Vautrain, Lavocat, Collin, Leveillé, Dubief, Breton-Hachette, Rondelet, Beudant, Depaul, Tranchant, Frémyn, Delzant, Frebault, Férot, Binder, Watel, Riant, Prétet, Meunier, E. Perrin, Ohnet, Dehaynin (Félix), Saglier, Christophe, Séraphin, Mottu, Lockroy, Ranc, Piat, Denizot, Dumas, Périnelle, Trélat, Paymal, Bouvery, Combes (François), Gille, Beaudouin, Gavrel, Ed. Jacques, Maublanc, Jobbé-Duval, Henri Chevalier, Leclerc fils, Dr. Blanche, Debaynin (Albert), Dr. Marmottan, Raynal, Rigaut, Puteaux, Gouin, Arrault, Clémenceau, Vauthier, Cantagrel, Richard, Dupuis, Allain-Targé, Mallet, Bralet, Métivier, Topart.

Ahora bien, ¿cuál es la significación política de estos nombramientos, considerados en conjunto?

De los cuarenta y ocho candidatos que presentó la prensa coligada, solo han salido catorce y con gran trabajo, alguno de ellos, como M. Breton, por un solo voto; y los restantes pertenecen á la oposición, siendo varios de ellos de los mas radicales.

Tenemos hasta un miembro de la famosa Commune, M. Ranc, que aunque dió su dimisión y huyó al extranjero antes de la batalla con las tropas de la Asamblea, firmó decretos como el de la acusación del gobierno y el de los rehenes en que se prescribía, que por cada guardia nacional que se fusilara en Versalles, se ejecutarían en Paris tres rehenes.

Después aparecen muchos hombres de los que ejercieron cargos municipales á consecuencia de la revolución de se-

tiembre, entre otros M. Mottu, alcalde, que ordenaba en los establecimientos públicos de su barrio, la supresión de toda imagen religiosa, por lo cual le ha llamado un periódico, « El cazador de crucifijos; » aparecen otros que fueron diputados y dieron su dimisión después de los sucesos del 18 de marzo; en una palabra, se ha nombrado un consejo municipal donde dominará la opinión republicana mas avanzada. 48 votos sobre 80, dice un diario, y no creemos que su cálculo se aleja mucho de la verdad.

No hay para qué añadir que la prensa coligada pone el grito en el cielo.

Puesto que los parisienses dejan el campo libre á los revoltosos, sea enhorabuena, dicen los órganos mas exaltados; la Asamblea no vendrá á Paris, y Paris dejará de ser la capital de la Francia.

A fines de esta semana comenzarán las sesiones del nuevo consejo municipal: pero es sabido que sus atribuciones nada tienen que ver con la política, y que toda invasión en este terreno, trae consigo la supresión del municipio y su reemplazo por una comisión nombrada por el gobierno.

Esperemos que las sesiones que van á comenzar el viernes, no producirán este resultado rigoroso.

Sin embargo, no se nos oculta que las pasiones están exacerbadas y que todo puede servir de pretexto para emociones.

Paris no está solo: la causa del desorden gana partidarios en toda Europa.

Un periódico alemán citaba dias pasados los siguientes datos estadísticos, relativos á la famosa sociedad « la Internacional. »

En Francia, los grupos que tratan directa y exclusivamente con Londres son muy numerosos, y residen en Paris, Ruan, Lyon, Marsella, Burdeos, Lila, Roubaix, Argentan, Laon, Digne, Flerieux sur Saone, Fuvreau, Flers, Granville, Harcourt, Thierry, Havre, Nouville sur Saone, Nantes, Neufchateau, Orleans y otras poblaciones de orden inferior. Lo notable es que han entrado en la Asociación varios distritos rurales, y en las colonias existe una sección en Argel y otra en Guadalupe.

En Bélgica, los centros principales están en Bruselas, Liege, Verviers y Lovaina. En lo que va de año han entrado gran número de herreros y mineros.

En Holanda hay dos secciones, una en Rotterdam y otra en Amsterdam.

España tiene una en Barcelona con muchas ramificaciones en toda la Península.

En Italia existe una Asociación general de obreros, compuesta de seiscientas sociedades, con centros principales en Nápoles y Milan, que sostiene los mismos principios que « la Internacional, » defiende, segun la « Union industrial » de Inglaterra y la « Asociación nacional » de los Estados Unidos. En Génova y Bolonia se van á afiliar varios grupos.

En Suiza, una multitud de hombres se han adherido desde la cuestión de Ginebra. Los centros principales están en los cantones de Bale y Berna, donde se han afiliado distritos enteros y aldeas. En la última ciudad solamente hay 600 miembros. Lo mismo ha sucedido en Neufchatel, Vaud y Zurich. El Swiss Grulliverein y las sociedades de obreros alemanes que hay en la República, también se han afiliado á « La Internacional. »

Hasta aquí la cita.

Una falta notable encontramos en esta estadística, y es la enumeración de los centros alemanes que, segun nuestras noticias, no son pocos.

De todos modos, la temible asociación va extendiendo de mas en mas sus ramificaciones, y si no se aplica un pronto y eficaz remedio, es muy de temer que sobrevengan grandes calamidades en Europa.

Por el pronto en Francia continúan los incendios.

Un dia es en Nancy, otro en Bourges, otro en Perigueux, y nunca se descubre la mano que agita la tea.

Los periódicos de estos últimos dias traen una circular firmada por el consejo federal de la Internacional en Paris que, de ser cierta, nos explicaría quiénes son los autores de los incendios.

Está dirigida á los « trabajadores de Francia, » y dice textualmente:

« Veinte mil de los héroes que han querido libertar al mundo entero de la opresión secular de los curas y del capital, gimen en los calabozos de Versalles ó en los pontones.

» Hermanos: No se trata de compadecerlos, sino de vengarlos. La lucha á tiros se ha concluido; pero nos queda el incendio.

» Que todos los palacios, todos los monumentos se hundan en las llamas, para que aprendan nuestros enemigos, que somos los verdaderos hijos de los hombres que en 1794 vengaban sus derrotas y su miseria incendiando provincias.

» El incendio es el terror del rico, porque tras de las llamas no hay mas que ruinas.

» Nuestro sea el fuego que vengue á nuestros hermanos y que contribuya al complemento de nuestra obra. — EL CONSEJO FEDERAL. »

¿Qué parte ha tenido « la Internacional » en el movimiento comunista parisiense?

Esto es difícil de deslindar, pues si bien en el principio se aseguró que el cosmopolitismo había sido su principal elemento, ahora vemos que hubo mucha exageración en aquellas afirmaciones.

Ya en otra ocasión dijimos que, excepto los polacos, el número de extranjeros de todas naciones que tomaron las armas por la Commune había sido insignificante, relativamente al de los parisienses.

Un solo pueblo formaba excepción á la regla, que era el de los polacos; mas hé aquí que también en este punto deben rectificarse las primeras noticias.

Con efecto, el comité polaco acaba de publicar una Memoria para rechazar á nombre de la emigración polaca toda mancomunidad en aquellos deplorables sucesos.

En primer lugar, el comité protesta contra la exageración en el número de sus compatriotas que contribuyeron á fomentar la guerra civil en Francia.

De 1,200 emigrados polacos que residen en Paris, solo unos ciento formaron en las filas de la guardia nacional federada.

Y hé aquí cómo el comité explica su presencia.

Durante el sitio se incorporaron en los batallones de marcha 500 polacos, de los cuales 74 permanecieron en las filas después de firmados los preliminares de paz sin otra idea que la de conservar el sueldo.

Estalló la insurrección del 18 de marzo, y ellos continuaron sirviendo á las órdenes de la Commune, siempre por aquel motivo.

Después, es verdad, se incorporaron 30 mas, que aceptaron voluntariamente el gobierno del Hotel de Villa, gracias á las promesas, y sobre todo á los grados que les prodigaba.

« Estos últimos, dice la Memoria del comité, pertenecían á esa clase de aventureros, de hombres ociosos, sin oficio ni beneficio, y en su mayor parte de mala fama, que por desgracia constituye el inevitable apéndice de todas las emigraciones. Varios de ellos fueron reclutados por Dombrowski que el primero, se atrevió á dar tan funesto ejemplo y eran sus amigos y formaban su corte. »

Tal fué el contingente que la emigración polaca suministró á la Commune.

En cambio, el comité menciona con legítimo orgullo, el apoyo que los refugiados polacos prestaron á la Francia en la guerra con la Prusia.

Todos los hombres capaces de manejar un fusil, se batieron en compañía de los soldados franceses.

De 3,700 polacos domiciliados en Francia, 1,750 se alistaron en el ejército francés y han figurado en todos los campos de batalla.

Muchos de ellos pagaron con la vida su amor á su segunda patria, que así llaman al país en donde hace muchos años están recibiendo la hospitalidad mas generosa.

La Memoria del comité polaco ha sido dirigida á la Asamblea nacional como una protesta contra el comunismo de que supone animados á todos sus miembros, y como una prueba de simpatía hacia la Francia.

No podemos decir aun qué acogida ha tenido este documento en la Asamblea.

Dos palabras sobre teatros y concluimos.

En la semana última el Teatro Francés ha dado una serie de brillantes representaciones.

Los artistas que componen la compañía excepcional que actúa en ese teatro de vuelta de su viaje á Londres, han ofrecido á los parisienses algunas de las piezas de su repertorio que ejercen siempre una poderosa atracción en los aficionados á las bellas letras. *On ne badine pas avec l'amour*, el precioso proverbio de Alfredo de Musset, del que hace años dimos una traducción á nuestros lectores, *le Gendre de M. Poirier* y la obra maestra de Balzac titulada *Mercadet*, se representaron sucesivamente, y no hay para qué decir si Mlle Favart, si los señores Got, Delaunay y Febvre habrán sido aplaudidos.

El Teatro Francés está de enhorabuena.

Parece ser que es el único exceptuando en el proyecto de supresión y rebaja de subvenciones que se va á presentar á la aprobación de la Asamblea nacional de Versalles.

El Teatro Francés conservará pues, los 240,000 francos de subvención que anualmente recibe.

El ministro M. Jules Simon, autor del proyecto, reduce á 500,000 francos el subsidio concedido á la Grande Ópera, y á 60,000 el del Odeon.

En cuanto á la Ópera Cómica, el Teatro Lírico y los Italianos, quedarán abandonados á sus propios recursos.

Mucho tememos que estos no basten para dar á todos ellos el brillo que han tenido hasta hoy; y no exceptuamos á la Grande Ópera, que será un verdadero milagro si con el medio millón que le señalan consigue ofrecer como hasta el día de hoy los grandes espectáculos que han hecho su fama.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

No hay placeres en el mundo
Si padece el corazón.

I.

— ¿Querida hermana, qué tienes?
¿Qué motiva la aflicción
Que tu semblante retrata?
¿De qué proviene?
— De amor.
— ¿Y amor causa tal tristeza?
¿Es correspondido?
— ¡Oh! No.
— Pues busca un amante nuevo.
— ¡Hermana, calla por Dios!
¡Que no hay amor que consuele
Si hay otro en el corazón!

II.

— Si á tu pena no hay remedio,
Aminore tu dolor
El cariño de tu hermana,
El placer, la diversion.
— ¡Se conoce que en tu vida
Amaste, hermana cual yo!
— Si amor causa tal pesar,
No quiero jamás amor.
¿Pero no admite consuelo?
— ¡Hermana, calla por Dios,
Que no hay consuelo en el mundo
Si padece el corazón!

III.

— No penes, querida mía,
Y olvida el ingrato amor,
Que la flor de tu hermosura
Con su aliento marchitó.
Divierte al menos tus penas
Y no aumentes tu dolor:
Placer el mundo te ofrece...
— ¡Hermana, calla por Dios!
Que no hay placer en el mundo
Si padece el corazón.

JOSÉ DE COMINGES.

Honor á la virtud modesta.

Después de nueve meses de residencia en la culla y hospitalaria Florencia, y á tiempo que nos preparábamos á regresar á Colombia al seno de nuestra familia, recibimos un billete del señor conde Guillermo de Alberti, quien nos invitaba para el domingo 4º de julio último á ir á pasar el día á su villa ó hacienda de Torre Rossa, en compañía de su familia.

Como la invitación nos venía dirigida, además, á nombre de la señora Zoila de Rojas, matrona tan respetable como espiritual, y con quien habíamos tenido el honor de estrechar relaciones de amistad desde nuestra llegada á la ciudad, hubimos de acudir gustosos á la obsequiosa invitación que se nos hacía.

El 4º de julio, á las ocho de la mañana, un carruaje de dos caballos nos aguardaba en la puerta de nuestra habitación, situada en la plaza Santo Spirito, número 24.

Subimos á él y tomamos el camino de la hacienda, que atraviesa el magnífico y antiguo paseo de los duques de Toscana, y que luego se prolonga por entre villas y pintorescas colinas, que presentan á cada instante un variado y risueño panorama.

El inmenso cultivo de los campos, los numerosos palacios y quintas que se encuentran por donde quiera, las mieses y las viñas en el lujo y apogeo de su esplendor, los alegres cantos de los aldeanos, los árboles cubiertos de flores y de verdura, la lejana vista de Florencia y del Arno, y un hermoso y límpido cielo, hacían que el espíritu, extasiado con semejante cuadro, respirase una atmósfera de felicidad.

El camino, que va siempre en ascenso, hace que se disfrute incesantemente de un mas amplio horizonte.

Hora y media hacía que llevábamos de marcha cuando llegamos á la villa Torre Rossa, situada sobre un plano regular en la eminencia de una colina.

Allí encontramos á la familia Alberti, que nos recibió con la cordialidad y dulzura que dispensa á las personas de su estimación.

La misa iba á tener lugar en el oratorio de la hacienda á tiempo de nuestra llegada. Acompañamos gustosos á la familia á aquel acto sagrado.

Terminado el sacrificio nos invitó el respetable sacerdote Giuseppe Casabianca para que fuésemos á conocer la iglesia de la pequeña aldea de San Ferrolé, que queda á unos cien pasos de la villa Torre Rossa, y además la escuela de niñas, que queda algo mas adelante.

Con placer lo seguimos, y ambos nos encaminamos al templo.

Pequeño, triste, dismantelado y pobre como es, no tiene nada que pueda llamar la atención, si no es su misma miseria. Mas nuestro compañero nos llevó á una capilla separada, donde se encuentra un altar de construcción moderna y elegante, y que bien se pudiera creer que él no pertenece á aquel antiguo y humilde edificio.

Preguntada por nosotros la causa de tal diferencia, se nos contestó que ese altar habia sido construido á expensas de la señora condesa Josefina de Alberti, quien habia hecho de él y de los paramentos necesarios al servicio del culto, un regalo á la aldea de Gerrolé.

De la iglesia pasamos al local de la escuela de niñas.

Nuestra sorpresa fué grande cuando vimos reunidas en aquel lugar aislado noventa y una niñas, desde cuatro á doce años, aprendiendo á leer, escribir y bordar, y educándose además en los principios de moral, de religión y de virtud, bajo la dirección de cuatro monjas del convento de la Badia, que queda en aquella misma comarca.

La directora nos manifestó que tanto el local como el mobiliario, los útiles y el salario que ellas recibían por la enseñanza, era costeado exclusivamente por la señora condesa Josefina de Alberti, quien viendo la imposibilidad en que estaban aquellas pobres familias de aldeanos de educar á sus hijos por falta de escuela y de recursos, habia fundado caritativamente hacia dos años aquel establecimiento de educación, adonde concurrían las niñas desde seis millas de distancia, y que tanto ella como sus compañeras secundaban con placer el filantrópico pensamiento de la señora condesa.

Entonces volviéndose la directora hacia aquel grupo de educandas, les preguntó si ellas estaban reconocidas de la persona que les costeaba la enseñanza.

A esta pregunta todas las niñas cayeron de rodillas sobre los bancos de estudio, y en coro cantaron un himno en que decían, que, siendo pobres, ellas no tenían otro modo de pagar á su benefactora que pidiendo todos los días de rodillas á Dios por su felicidad y por su dicha.

Aquel rasgo no podia ser ni mas conmovedor ni mas sublime. ¡El debía tocar las fibras mas delicadas de nuestro corazón!

La misma señora directora nos indicó que la tarde de aquel día, víspera del Corpus, que se celebraba en la aldea, tenia lugar, segun costumbre, la distribución de premios, y que quería que presenciásemos el acto.

A las cuatro estuvimos nuevamente de regreso en el local de la escuela, con la familia Alberti.

La función dió principio por una corta comedia moral, en que los papeles estuvieron perfectamente bien desempeñados.

Después se distribuyeron los premios de medallas, mapas y libros, á las que los habian merecido por su aplicación y buen comportamiento, y últimamente la señora condesa fué dando á cada una de aquellas noventa y una niñas un vestido completo, como prenda de estímulo para mayores adelantos.

Un nuevo canto de gracias estalló entonces, y aquel himno podia decirse que era el incienso tributado por la inocencia á la virtud.

Cuando se ven hechos de esta clase, no se puede decir que todo es materialismo en el siglo XIX.

Hay que convenir tambien en que en las clases ricas y elevadas se hallan grandes virtudes y grandes corazones.

Posible es que los ejemplos no sean muy comunes; pero su misma rareza constituye su precio.

Vivir como la señora Alberti para bien de las clases desvalidas, llevando la luz allí donde existen las tinieblas, y regando la simiente de la virtud allí donde podia tener nacimiento el vicio, ser el apoyo del débil y el protector del indigente; hacer el bien sin ostentación y sin ruido y solo por tener la satisfacción de hacerlo, y mirar al cielo y no á la tierra cuando se da la mano al caído, eso es ser verdaderamente feliz.

Cierto es que no son muchos los que atraviesan por aquel camino; pero tambien es cierto que no á todos es concedido el oír llegar, mañana y tarde, hasta su propia habitación, las bendiciones de la juventud de toda una comarca.

Cuando el sol con los últimos rayos de la tarde doraba las nevadas crestas de los Apeninos, que desde Torre Rossa tan bien se divisan allí en el confín del horizonte, dimos nuestro Adios de despedida á aquella familia modelo, que tan santos recuerdos dejaba grabados en nuestro corazón.

Bien hubiéramos querido pasar allí algunos momentos mas de contento; pero el tiempo nos corría y teníamos que ir á presentar el testimonio de nuestro reconocimiento á la familia del señor consul Juan Antonio Sparnochea, que hace la felicidad de las personas que la tratan.

Rodó nuevamente el carruaje que nos habia conducido á la hacienda, y á las diez de la noche estuvimos de regreso en Florencia.

NICOLÁS PARDO.

París 1º de agosto de 1871.

El emperador de Rusia en Estrasburgo.

Nuestro corresponsal de Estrasburgo nos envía un dibujo que representa la visita que el emperador de Rusia acaba de hacer á la ciudad de Estrasburgo, y que publicamos en la página 104 como un recuerdo histórico. El czar de todas las Rusias ha tenido sin duda ocasion de ver que la fortuna habia sido adversa á las armas francesas; pero al mismo tiempo habrá podido convencerse tambien de que Estrasburgo como toda la Alsacia permanecerán siempre unidas de corazón á la Francia.

A. M.

Sucesos de Argelia.

De una correspondencia francesa fechada el 9 de julio en el campamento de Tizi-Bouiron á la falda de Djurdjura, tomamos las noticias siguientes:

Los terribles sucesos que han ensangrentado á Paris no nos han permitido seguir las operaciones que se efectúan en la Argelia. Sabido es que en tanto que las poblaciones árabes permanecieron tranquilas durante el período de la guerra con la Prusia, y hasta dieron pruebas de adhesión á la Francia suministrando numerosos contingentes, como el de los exploradores indígenas voluntarios, intrépida caballería que prestó señalados servicios en el ejército del Loira, de repente, á fines de abril la insurrección estalla terrible y casi general, en la Kabilia y en la provincia de Constantina.

Todas las aldeas del O. Sahel y del Sebau, casi hasta las puntas de Argel, fueron destruidas é incendiadas y sus habitantes degollados ó hechos prisioneros.

Largo seria definir las causas de un cambio tan radical en la actitud de las poblaciones indígenas de Argelia, causas especificadas en un folleto publicado en Versalles con este título: *La Argelia ante la Asamblea nacional, causas de las insurrecciones argelinas.*

El autor atribuye la insurrección actual á las causas materiales siguientes:

- 1º Salida de todas las tropas para Francia.
- 2º Debilidad del principio de autoridad.
- 3º Cambio sucesivo de personal y de sistemas.
- 4º Naturalización de los israelitas.
- 5º Actitud de los europeos.

Nada mas interesante que la lectura del opúsculo en cuestión para los que quieran darse cuenta de la situación creada á la colonia por la serie de decretos de la delegación de Burdeos.

Pero esta carta tiene solo por fin explicar un dibujo que representa el campamento de Tizi-Bouiron, donde nos instaló el 4º de julio el general Lallemand, comandante superior de las fuerzas de tierra, que tomó la dirección de nuestra pequeña colonia.

Para llegar allí hemos tenido que hacer otra vez la conquista de la Kabilia con una columna de 4,000 hombres.

Hemos dado fuertes combates como los de Taurga, de los beni Kalifa, de Djeniac Sahridj; como la ascension al fuerte Nacional, y en fin, como la toma de Icheriden, que tan cara costó en 1857, pues en aquella ocasion el 2º de zuavos perdió nueve oficiales y 300 hombres. Los árabes nos esperaban en el mismo punto con 45,000 hombres y habian levantado fortificaciones formidables. Sin embargo, no habian contado con el alcance del cañon de á 4, ni con las dos ametralladoras, ni con el chassapot, cuyo tiro rápido los desmoraliza completamente.

Sus pérdidas han sido grandes y los cadáveres que dejaron en el camino son una prueba de la precipitación de su fuga. No obstante, alojaron solo cuando la infantería hubo flanqueado las inmensas barricadas y fortificaciones que defendían los aproches; y resistían de tal modo al fuego de la artillería, que un momento nos hicieron creer que su número era insignificante. Pero cuando las columnas de ataque se avanzaron á Icheriden, nos desengañamos, pues nos recibieron con un nutrido fuego de fusilería. Las columnas de ataque de izquierda y de derecha flanquearon las fortificaciones y los árabes huyeron.

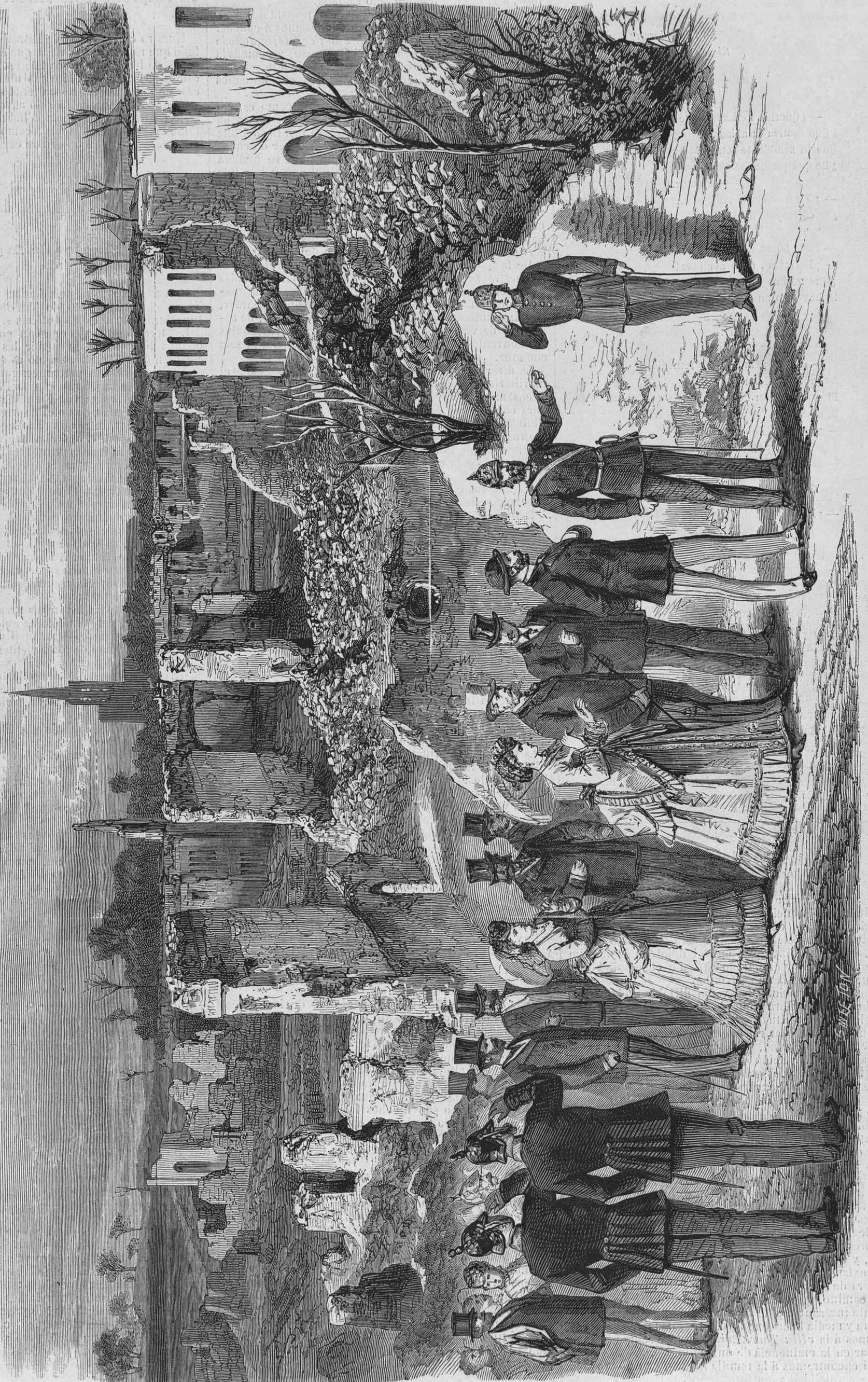
La superioridad del chassapot es espantosa contra el fusil de chispa: una vez recibida la primera descarga de los kábilas, se puede correr á ellos, porque no tienen tiempo de volver á cargar. Gracias á esta ventaja hemos podido llevar adelante nuestras operaciones, no obstante nuestro corto número.

Uno de los primeros enviados de los beni Raten que llegó para tratar de la sumisión de la tribu, nos decía:

— No sois numerosos, y sin vuestros chassopots, jamás habriais subido á nuestro país. Pero los chassopots siembran las balas como el fellah arroja la cebada en el campo y á distancias inauditas: nos enviais cuarenta balas mientras nosotros mandamos una.

— ¿Y las ametralladoras? le pregunté.
— ¡Ah! ¿Esas máquinas que hacen tanto ruido como un molino? Sí, hacen daño, pero solo cuando estamos muchos reunidos, no las tememos tanto como los chassopots.

E.



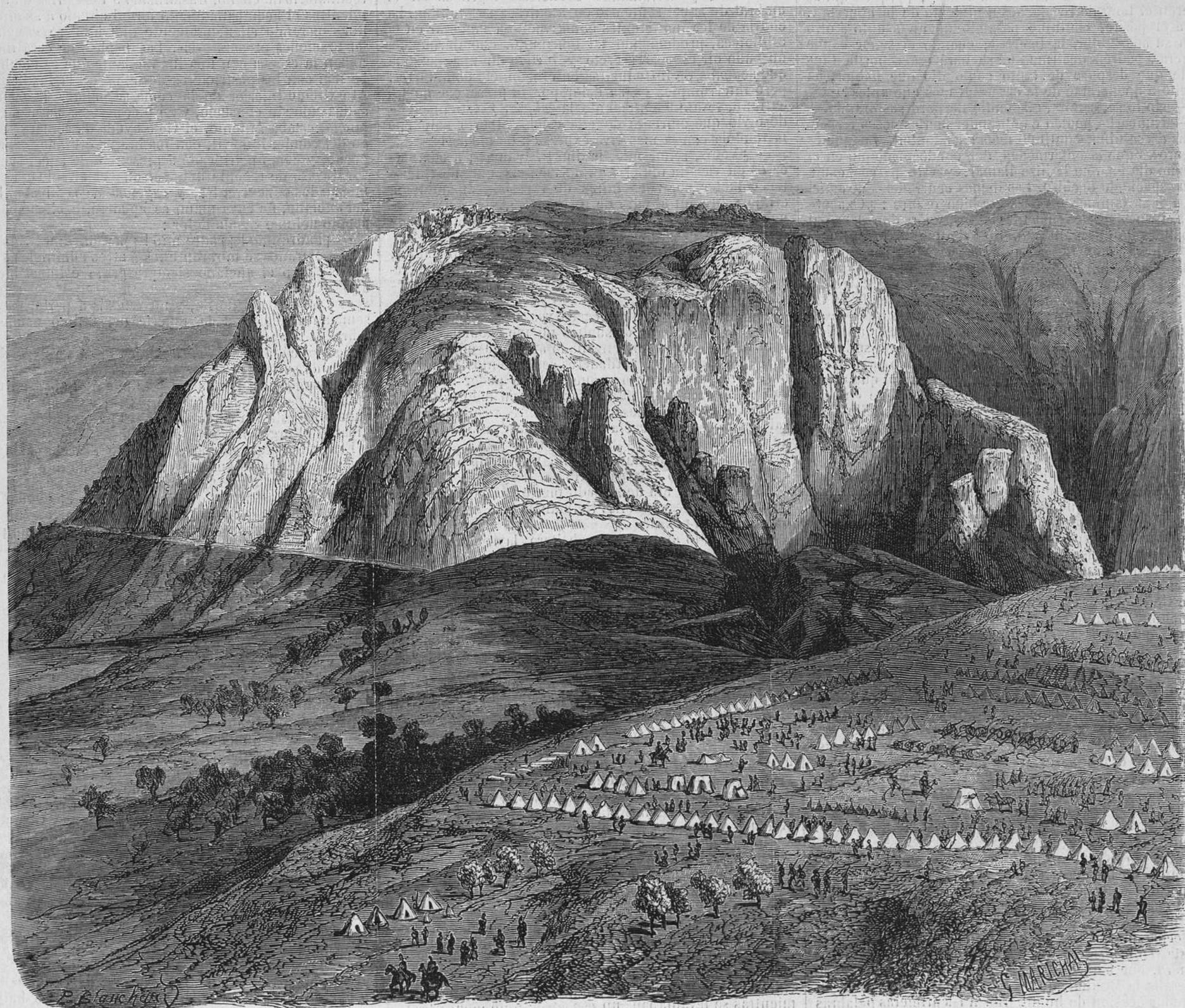
El emperador de Rusia en Estrasburgo.



Si-Azis, jefe de la insurreccion kabilia.



Mujer de la tribu de Tiz-Uzu (Grande Kabilia).



LA INSURRECCION DE ARGELIA. — La columna del general Lallemand en la garganta de Tirurda.

El orgullo de un hombre.

(Conclusion.)

Sobre todo madama Monteil no cesaba de ir y venir arriba y abajo de la sala, mucho menos para adquirir noticias del enfermo que con el fin de esparcir y acreditar sus propias suposiciones con respecto á lo pasado y á lo presente. Intentó acercarse al capitán, lo que por lo comun le facilitaba la ocasion de hablar sola; pero el excelente Ducoudray no estando dispuesto por esta vez á prestar oído á sus malignas observaciones, le volvió la espalda de un modo tan claro y significativo, que la perversa enana se vió precisada á proporcionarse auditorio menos afligido y mas cortés.

Recayó su eleccion sobre M. Bernard, con el que solia rozarse muy poco, aunque siempre con menos repugnancia que con su rechoncha mujer. Hallábase M. Bernard sentado á cierta distancia de los otros y junto á su sillón habia otro vacío que acababa de desocupar su esposa para ir á escuchar lo que con respecto á la enfermedad del conde estaban hablando los médicos. Madama Monteil se apoderó sin escrúpulo del asiento vacante y dirigiendo una de sus mas irónicas sonrisas á M. Bernard, que no parecia muy satisfecho de tener que entrar en conversacion con ella durante la ausencia de su mujer, le dijo:

— Vaya, qué pensativo estais, señor inspector de aduanas, ¿estais todavía rumiando los encajes de contrabando que nos trajeron justamente á los dos dias de haber sido encargados á Benito?

— Señora, respondió el pobre inspector tomando el partido de enfadarse por no creerse capaz de luchar con la maliciosa harpía, no es regular que en semejante ocasion recuerde nadie una aventura poco agradable...

— Pues vos mismo y vuestra mujer tambien ¿no os engalanasteis con los dichosos encajes? Madama Bernard sobre todo, ¡pobre mujer! ¿no iba cubierta de ellos en velo, guarniciones, vuelos, mantilla y todo? Verdad es que no la habian costado un ochavo, porque aquí se dieron el tono de regalarnos á pretexto de la apuesta... Y, á propósito, continuó pasando de un asunto á otro con su acostumbrada ligereza; cuando el señor conde muera ¿podréis decirme qué se hará esa señorita Clotilde que despues de tanto como dió que hablar, ha vuelto á apoderarse de la casa aun mas que antes?

— No lo sé, señora, respondió Bernard suspirando.

— Nunca he podido comprender ciertas cosas respectivas á esa niña, continuó madama Monteil. Lo que es seguro es que la enfermedad del conde principió en el mismo dia en que la hizo llamar, y esto parece como una especie de hechizo. Las demás ocurrencias de aquel dia tienen tambien un carácter bien oscuro: ¿os acordais, inspector, de cuál fué la turbacion que causó al caballero de Clermont la noticia de que el angelito se habia ido? Segun las caras de todos, yo esperé que sucediera una gran catástrofe; pues señor, ni poco ni mucho: por la tarde vuelve tranquilamente en la carretela despues de haber dado un paseo en la hacienda de no sé que labradores de la Roca Blanca. ¿A quién se le ocurre esto? y despues de todo ahí la teneis tan bien recibida en el castillo como si cierta noche no se le hubiera visto... En fin, basta. Sin embargo, no la pueden tachar á una de mala lengua, porque extrañe que el señor conde cuando está espirando permita que entre á verle semejante criatura y se lo prohiba á Mlle Hermancia su propia hija, jóven tan bien educada, que no ha conseguido la dejen arrimarse á la cabecera de su padre.

— Creo haber oido decir, contestó tímidamente monsieur Bernard, que como el conde quiere tanto á su hija, se ha temido que al verla se conmoviera demasiado y que esto le causara mal efecto.

— Madama Bernard es la que cree eso y la que os lo hace creer; repuso con una sonrisa de desprecio madama de Monteil. ¿De dónde habeis salido para ignorar que desde que el conde está en cama ha cobrado odio á Mlle Hermancia, á la que nunca quiso muchísimo? Ni su nombre permite oír; y puedo aseguraros para entre los dos, que el casamiento de Hermancia con el duque de Saint-C... es asunto totalmente abandonado.

— ¿Quién os lo ha dicho, señora? contestó Bernard muy admirado.

— El hecho es cierto, continuó la maligna habladora con misteriosa importancia. Ya sabeis que se estaba preparando para el duque un cuarto que está al lado del que ocupó en el castillo; pues ahora tres dias entró Antonio y dió orden á los trabajadores para que suspendiesen las faenas; y como el mayordomo que se hallaba presente preguntara si se habia retardado la venida del duque, respondió Antonio con aquella voz lúgubre que acostumbraba: « El señor duque no volverá nunca al castillo de Sibry. »

— Sí, eso es claro; dijo otra voz que repentinamente se mezcló en la conversacion, pero no es del todo cierto, porque los trabajos han vuelto á seguir hoy mismo en el cuarto destinado al duque y yo misma con mis ojos he visto el amueblado nuevo de terciopelo rojo con rapacejos de oro hecho para adornarlo.

Esta réplica vigorosa salia de los labios de madama Bernard, que habiendo advertido al fin el odio que la profesaba la Monteil, no desperdiciaba por su parte ni la menor ocasion de humillarla. A las primeras palabras que oyó de esta conversacion, acudió volando para po-

sesionarse otra vez de su sillón y de su marido que madama Monteil tenia usurpados. Esta, encendida en cólera, respondió á la no menos irascible madama Bernard:

— Os suplico tengais presente, señora, que no es con vos con quien tengo el honor de hablar.

— Pero hablais con mi marido, señora, y como entre los dos no hay nada que no sea comun...

— Señora, dijo la Monteil levantándose y abandonando el asiento que se le disputaba, vuestro modo de proceder es de una mujer que no tiene pizca de atenciones.

— ¡Señora!...

Muchas personas de las que dispersas en grupos vagaban en la biblioteca se volvieron á oír la disputa, cuando el abad Todos-Santos salió al fin de la alcoba del enfermo. Aquel anciano casi centenario, encorvado y dotado de una voz dulce y consoladora acababa de derramar su última lágrima, al separarse del conde que era su mas antiguo amigo. Las señoras de Sibry y el caballero le rodearon con ansiedad apenas puso los pies en el gabinete.

— ¿Cómo está el enfermo? señor abad.

— Tranquilo como los justos, hijos míos. Ha hecho la paz con Dios y tambien quiere hacerla con los hombres. Entrad, que desea veros.

— ¿Y yo, y yo, señor abad? preguntó Hermancia desesperada.

— Aunque permanece inflexible para con vos, hija mia, voy á la capilla, y cuando vuelva para suministrarle el santo viático, es de esperar que se habrá despojado de su cólera.

— ¡Oh Dios mio!

— No perdais la esperanza, la dijo el caballero al oído al mismo tiempo que entraba en la alcoba del conde.

— ¡Pobre hija mia! dijo la condesa abrazándola, ¿ignorabas lo que era sufrir?...

Clotilde sin hablar hizo una seña afectuosa á Hermancia y siguió al caballero y á la condesa, que estaban en el dormitorio de M. de Sibry.

Hermancia quedó entregada al mas profundo abatimiento con la frente reclinada sobre aquella mesa en la que su padre solia apoyar los brazos en sus tristes meditaciones, y derramando silenciosas lágrimas en el umbral de aquel santuario cuya entrada se prohibia. La charla de los indiferentes habia vuelto á empezar en la biblioteca, produciendo tal murmullo, que Hermancia no pudo oír el paso secreto y furtivo de una persona que acababa de introducirse en el gabinete de la torre: pero interrumpida en su dolor por la presencia de un extraño, levantó lentamente la cabeza, y estremeciéndose vió que enfrente de ella estaba Alberto Latouche mirándola con la mas viva expresion de piedad!

— ¿Venis, señor mio, le dijo tristemente, á complaceros en vuestra obra? La imprudencia que me heis-teis cometer por viles miras de interés y de ambicion atrajo sobre mi el odio de mi padre. A presentarse va delante de Dios y me rechaza como enemiga. Aquí estoy implorando su perdon, y no me lo concederá.

Alberto se quedó mudo é inmóvil algunos instantes, avergonzándose de sí mismo al conocer los terribles resultados de una falta, hija de la indiscrecion y del orgullo.

— Señorita, dijo con ahogada voz, he merecido vuestro odio, y con todo, os suplico no me agobieis con él. A mí mismo me habia engañado antes de engañaros á vos, en cuanto á los verdaderos sentimientos de mi alma; error que lamento y que quisiera poder satisfacer aunque fuera á costa de mi sangre. Con todo, señorita, no sois aquí la mas desgraciada. Sobre vos, no ha recaído una censura severa: permaneceis pura á los ojos de todos...

— Excepto á los de mi padre, interrumpió Mlle de Sibry, sollozando amargamente.

Esta objecion era demasiado fuerte para que Alberto se atreviera á responderla. Hermancia prosiguió despues de una ligera pausa.

— Suceda lo que quiera, caballero, la senda que debéis seguir es muy clara. Hay una pobre niña que ha sido comprometida por mi causa, siéndome imposible desmentir la acusacion que han hecho recaer sobre ella, y que sola he merecido, debéis á Clotilde una satisfaccion pública y que no deje dudas... Ella por otra parte os ama, y vos la amais... ¡Dios permita que haciéndola feliz, podais recompensar los pesares que á ella y á mí nos habeis causado!

En este momento echaron á vuelo la campana de la capilla, y se dejó ver á la extremidad de la biblioteca el venerable abad Todos-Santos revestido con los ornamentos sacerdotales, y llevando en la mano el copon de oro que contenia la hostia consagrada, asistido del cura de la parroquia, que le precedia algunos pasos llevando la patena. Al rededor de ellos marchaban todos los criados del castillo alumbrando con cirios, y con la tristeza y la consternacion pintada en sus ojos. Los dos sacerdotes cantaban salmos y oraciones, y el acompañamiento se adelantaba lentamente al siniestro resplandor de las hachas y al sonido lúgubre de la campana que continuaba tocando áagonia.

Aquel espectáculo produjo un movimiento rápido entre todos los presentes; una especie de estremecimiento religioso recorrió los miembros de los mas incrédulos y de los menos pios; doblándose maquinalmente y con respeto todas las rodillas.

El abad Todos-Santos se detuvo para echar la bendicion á los que estaban arrodillados en la galería, y mientras se levantaban, un espectáculo no menos triste é imponente vino á llamar la atencion de todos. Abrió-

se de pronto la puerta de la sala del conde, y el caballero anunció con su voz grave y sonora, que el conde invitaba á cuantos se hallaban presentes á entrar y reunir á las suyas sus oraciones, mientras se le administraban los últimos sacramentos.

Despues se arrodilló él tambien mientras la procesion pasaba, y en seguida tomó por la mano á Hermancia y la introdujo en el cuarto, adonde les siguieron todas las demás personas.

Aquella habitacion era sombría y austera como el que la ocupaba. Las colgaduras eran de un color oscuro y el cielo raso, en otro tiempo pintado y dorado, no tenia ya mas color que el negro mismo de la tablazon de encina con que estaban revestidas las paredes. Todo era macizo y antiquísimo en aquella vasta habitacion, que atestiguaba aun el extraordinario lujo y esplendor de los antepasados del conde de Sibry: nada habia en ella de esos adornos frívolos y ligeros de nuestra época, nada de las graciosas y elegantes decoraciones de nuestros dias. La suntuosa cama de columnas tenia por remates cuatro magníficos penachos de plumas, y se elevaba sobre el nivel del suelo por medio de varios escalones, á la manera de un trono; y las cortinas levantadas en pabellones dejaban ver sobre el lecho hereditario de los señores de Sibry al último representante de aquella antigua familia.

Aunque moribundo, y en extremo abatido por la enfermedad, habia formado empeño en presentarse en una actitud respetuosa para el acto sagrado que iba á celebrarse, á cuyo fin le levantaron, colocándole de forma que mas bien estaba sentado que tendido sobre la que iba á servirle de camilla. Tenia la cabeza descubierta, y sus largos y ensortijados cabellos de un blanco argenteado se mezclaban con los encajes de las almohadas. Tambien habia querido adornarse por última vez con el collar de la orden de San Miguel, que pasado á su cuello descendia sobre la cama formando largos anillos; las demás cruces de las órdenes con que estaba condecorado, unas de oro y otras de diamantes, las tenia colocadas á un lado sobre un almohadon de terciopelo, preparándose de este modo á morir en medio de todas sus pompas y honores.

El sacerdote que oficiaba colocó el copon sobre un reclinatorio de ébano, trasformado á toda prisa en altar, mientras el acompañamiento formó círculo á su alrededor esperando silenciosamente que hubiese concluido las oraciones preparatorias. Las hachas de cera iluminaban la escena con una luz vacilante que se combinaba mal con los postrimeros destellos de la luz del dia. Al extremo inferior de la cama se hallaba la condesa sollozando sin consuelo, y en pié, á pocos pasos de distancia, estaba Antonio, el viejo ayuda de cámara y amigo del conde, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, y como petrificado á presencia de aquel suceso. Atravesó de repente una persona el círculo que formaban los concurrentes, y cayendo de rodillas al lado del anciano, de cuya mano se apoderó, exclamó con el acento del mas agudo dolor:

— ¡Padre mio! ¡padre mio! ¡perdonadme!...

Los extraños se miraron unos á otros admirados y curiosos; pero el anciano siempre grave é impassible, le dijo:

— Levantaos, señorita, y no vengais á perturbar con semejante debilidad la muerte del último conde de Sibry.

Hermancia derretida en lágrimas fué á arrojarle á los brazos de su madre.

— ¡Humillaos, hermano! pronunció el abad aproximándose para ayudarle á bien morir; y no olvideis que cuando se está tan cerca de Dios es preciso alejar la vanidad y el orgullo.

El conde manifestó por señas que deseaba hablar y levantándose penosamente sobre un codo dijo con voz casi apagada, aunque siempre altiva:

— Nada soy delante de Dios, pero he sido mucho delante de los hombres. Durante mi larga carrera he podido cometer grandes injusticias por las que pido perdon á los que ofendí; mas sobre todo fuí injusto y cruel (continuó buscando la mano de la condesa y atrayéndola á sí) con una mujer digna de todo respeto y de todo mi amor.

— ¡Os perdona! dijo en voz baja y entre gemidos la condesa, que estaba á la derecha del anciano.

— Y acordaos que tambien es preciso que vos perdoneis, añadió otra voz al lado opuesto.

Era la del caballero que se habia colocado como un inexorable mal espíritu á la cabecera del moribundo.

— El anciano se conmovió como si aquellas palabras despertaran en él dolorosas ideas.

— Me queda aun que cumplir el último deber, dijo lentamente y dirigiendo á su alrededor una mirada débil; pero que no habia enteramente perdido su antiguo é imponente fuego; una mujer que habita esta casa ha sido objeto de un escándalo, y su deshonra resalta sobre la familia de Sibry. Es preciso que antes que yo muera quede destruido el escándalo y borrada la profanacion. ¿Ha tenido á bien prestarse á mis ruegos la persona que hice llamar al castillo?

Alberto salió de entre los otros y se dirigió tímidamente hácia el lecho del anciano que apenas pudo reconocerle.

— Aquí estoy, señor, dijo con voz ahogada.

— Os he hecho venir para rogaros ejecuteis un acto solemne de justicia: habeis quebrantado los deberes de la hospitalidad en el castillo de Sibry: habeis manchado la reputacion de una jóven para cuantos se hallan aquí presentes: ¿quereis acceder á la última súplica de un moribundo consintiendo en reparar vuestra falta?

dándole vuestra mano, tambien en presencia de cuantos escandalizásteis ?

— Señor conde; esa reparacion llenaria todos mis deseos; pero temo mucho...

— ¿En dónde está esa niña? continuó el conde debilitándose cada vez mas; que se apresure si quiere que antes de morir vea yo libre de toda mancha el honor de mi nombre.

Todas las miradas se dirigieron hácia Clotilde; que titubeó y no se decidió al fin sino en consecuencia de las súplicas que por señas le dirigia su padre. Adelantóse entonces con gravedad y enlazó su mano con la de Alberto, mientras el anciano como reanimado exclamaba en un arrebató de entusiasmo:

— Ahora, ¿quién se atreverá á decir que hay mancha alguna sobre el nombre de Sibry?

— Yo, dijo el caballero inclinándose hácia su oído.

— Yo, padre mio, suspiró entre dientes Hermancia.

— ¡Dios, hijo! repitió en voz baja el sacerdote.

El inflexible anciano cedió en fin á tantas protestas y á tantos ruegos en el instante mismo en que iba á ser demasiado tarde para ello.

— Está bien; dijo elevando los ojos al cielo: si hay alguno que secretamente haya manchado ese noble nombre cuyo honor debia conservar, si alguno ha cedido bajo el peso que tan ilustre origen impone tanto al fuerte como al débil; perdonadle, Dios mio, como yo le perdono!

Al oír estas palabras que secretamente y con tanta impaciencia esperaban algunos de los presentes; la condesa y Hermancia se dejaron caer de rodillas junto á la cama del conde, y regaron con lágrimas sus manos descarnadas que ya enfriaba el hábito de la muerte. Esta última conmocion acabó de agotar las fuerzas de aquel cuerpo desgastado; hasta el punto de que faltó poco para que el abad Todos-Santos no pudiera administrarle los sacramentos, segun el ceremonial acostumbrado. Apenas hubo acabado de recibir la extremauncion, cuando el anciano teniendo siempre la vista fija sobre su mujer y su hija arrodilladas delante de él, pronunció un débil y último adios, y espiró.

Profundo silencio reinó algunos momentos entre los que se hallaban presentes, porque aun existian dudas: todavia estaban interrumpidos los sollozos y los suspiros cuando se adelantó el abad Todos-Santos con un crucifijo en la mano y señalando al rostro pálido é inmóvil del conde, dijo con voz fuerte y grave.

— El último conde de Sibry ha muerto; su gloria y su poder acabaron con él. Hermanos, oremos por el pecador.

Entonces las lágrimas y los sollozos se renovaron repitiendo todos el terrible « de profundis: » Hermancia, no pudiendo soportar las horribles sensaciones de aquella escena, se desmayó en los brazos de Clotilde, abatida y débil casi á par de ella.

Apresuráronse á separarlas de aquel espectáculo doloroso, llevándolas á su habitacion. El caballero y los demás huéspedes, sacaron del cuarto mortuorio á la afligida condesa, que al llegar á la biblioteca cayó sobre un sillón incapaz de dar un paso mas.

En aquel momento al clamor lejano de la campana de la iglesia se unieron, el estruendo de un carruaje que rodaba sordamente por el empedrado del patio, y los chasquidos de un látigo; y poco despues un criado fatigado de correr se aproximó á la condesa como para participarla alguna extraordinaria noticia.

— ¿Qué ha sucedido, pues? le preguntó el caballero; haciéndole entender por señas que madama de Sibry no se hallaba en estado de oírle.

— El duque de Saint C... acaba de llegar, respondió el criado en voz alta.

Aquel nombre hizo estremecer á la condesa, que se levantó vivamente, y dijo, mirando al caballero:

— ¡Aquí el duque! ¡pues cómo! ¿no recibió la carta que el conde le escribió retirando su promesa?

— Callad, señora, repuso el caballero con reserva: el señor conde llevaba al extremo la severidad de sus principios. El duque no ha recibido semejante carta.

— ¿Cómo! ¿Os habeis atrevido?...

— La carta se quedó olvidada; y por otra parte tambien á mí se me ha puesto en la cabeza constituirme custodio del honor de los Sibrys. Tened á bien retiraros á vuestro aposento, señora, mientras yo recibo al señor duque y le anuncio que la proyectada union de ambas familias no podrá verificarse hasta despues del luto.

Al mismo tiempo saludó á la condesa y se alejó rápidamente. Al salir de la biblioteca se encontró con Alberto que conmovido aun por las escenas que acababa de presenciar parecia próximo á retirarse: detúvole, apoyó una mano sobre sus hombros y le dijo con voz sonora y firme:

— El conde de Sibry deja 200,000 francos de dote á mi hija, y otros tantos debe heredar cuando yo le falte. Dentro de quince dias estaremos en Paris y os casaremos con Clotilde. Sois ambicioso, lo sé; pero ya vereis que me queda fuerza de voluntad y experiencia sobrada para haceros subir tan alto como podais desearlo. No hecheis menos un gran nombre, porque no sabeis lo que cuesta conservarlo puro. Ahora tened presente que velaré sobre la felicidad de mi hija, y triste de vos si no respondeis á mi confianza.

— Clotilde será feliz, caballero, será feliz, os lo juro: dijo Alberto con seguridad; ¿pero pensais que llegue á amarme alguna vez?...

El caballero se sonrió por única respuesta y ambos se despidieron prometiendo volverse á ver.

— ¿Cuándo os vais, capitán? preguntó madama Monteil á Ducoudray,

— Así que acompañe á ese pobre viejo á su último campamento, contestó el capitán pasándose la mano por los ojos.

— Pues yo esta noche misma... ¡no puede resistir mas mi sensibilidad!

X.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 968.)

Tal fué en resúmen la entrevista de Jael y de Enrique Little. Antes de dejar á su jóven amiga, Enrique le dió las gracias con efusion y la dijo:

— En cambio de vuestros buenos consejos, permitidme que os dé uno que tambien considero bueno. Sir Ricardo Raby se ha enamorado de vos... No me sorprende: ¡sois tan bondadosa y tan amable! Si yo no hubiera amado á Gracia Garden, os juro que no habria podido resistir á tantos atractivos. Pero ese jóven tiene la peor fama, y ya que sois tan perspicaz cuando se trata de otros, sedlo tambien con vos misma.

— Gracias, contestó Jael, mucho lo pensaré antes de dar mi corazón á un hombre.

Despues de haber tenido con su madre una larga entrevista, en la que se habló mucho de Jael, Enrique volvió aquel mismo dia á Hillsborough, y sobre la marcha hizo insertar su aviso en el *Times* y en los diarios de la localidad.

A los dos dias apareció en su casa M. Ransome, con un número del *Liberal de Hillsborough* en la mano.

— ¿Este aviso, le habeis puesto vos? preguntó á Little señalándole cuatro líneas impresas en la segunda columna.

— Sí, pienso que si las lee, me escribirá.

— Pues yo creo que volverá, lo que será mejor.

Entonces comenzó un período de expectativa, lleno de esperanza en un principio, pero que trajo una decepcion.

Trascurrieron semanas y la fugitiva no dió señales de vida.

Enrique sintió que el ánimo comenzaba á faltarle.

Mas de una vez tuvo idea de consultar á Jael, cuya sagacidad le inspiraba la mayor confianza; pero la frialdad con que le habia acogido la jóven se lo impedia siempre. Por fin, no pudiendo resistir mas, tomó el camino de Raby-hall.

Encontró en el comedor á su tío y á su madre.

El squire se paseaba con una irritacion evidente.

Muy luego conoció Enrique la causa.

El disoluto estaba en la sala hablando con Jael á quien hacia la corte apasionadamente.

Todo inducia á creer que en aquel momento la proponia su mano, pues habia solicitado una audiencia sin testigos.

— ¡Váyase al diablo el calavera! dijo el squire que empezaba á perder la paciencia. No consentiré en ese enlace. La pobre Jael antes de un año seria muy desgraciada.

— ¡Por qué no os casais vos con ella? preguntó Enrique con presteza y volviéndose hácia su tío.

— ¿Os burlais? ¿Casarme á la edad que tengo? A vos sí, os conviene. No ignorais que os ama. Así que visteis casada á Gracia, habríais debido pretenderla. Aun es tiempo, casaos y viviremos juntos: la casa es bastante grande para todos.

— Y vuestro corazón mas grande; pero os suplico que no hablemos de eso.

A la hora de la comida no pareció Jael; se habia retirado á su cuarto y sir Ricardo se habia marchado sin despedirse.

Al otro dia Mrs. Little llamó á Enrique y le dijo que Jael se habia negado terminantemente á dar su mano al disoluto.

Y sobre esto volvió á la carga acerca de su proyecto favorito.

— Enrique, le dijo, no hagais mas alta aun la montaña de vuestra ingratitud. Teneis á la mano un tesoro inapreciable y el medio seguro de curaros de una pasion ya sin desenlace. ¿Por qué os negais á labrar vuestra felicidad y la mia?

Mrs. Little predicó largo rato en este tono, y se mostró tan persuasiva, que le arrancó una media promesa de que pensaria seriamente en Jael, así que hubiera perdido toda esperanza de casarse con Gracia Garden.

No se necesitó mas para colmar de alegría á la buena madre. En la embriaguez de su triunfo se apresuró á comunicar el feliz resultado á Jael, á quien consideraba ya como su hija.

Entre tanto Enrique, mas desgraciado que nunca, y confuso con el compromiso á que se habia dejado arrastrar, marchaba á Hillsborough.

Al entrar en su casa halló sobre la mesa una esquela que abrió y que no contenia mas que esta línea:

« Noticias de G. G.

» RANSOME. »

Su corazón queria saltársele del pecho.

XL.

LA MONJA MISTERIOSA.

Inmediatamente Enrique Little se dirigió á la casa municipal, y allí supo con dolor que M. Ransome, llamado por un telégrama, habia marchado súbitamente á Manchester.

Preciso fué que devorase su impaciencia; pero al otro dia M. Ransome se presentó en su fábrica.

El digno constable parecia presa de una grande exaltacion.

Llamado á Manchester por una nueva fechoría de Shifty Dick, otra vez se le habia escapado el endiablado malhechor: era cosa de volverse loco.

— Todo eso me importa bien poco, dijo Enrique Little; ¿olvidais, amigo mio, que estoy en suspenso desde hace veinte y cuatro horas?

— Teneis razon, hablemos de lo que os interesa. ¿Habeis notado que os seguian y os vigilaban?

— No por cierto.

— Me alegro mucho, eso prueba que han trabajado con destreza. Pues bien, durante un mes os han vigilado de cerca, por mis órdenes.

Enrique se estremeció pensando que si hubiese cometido la imprudencia de hacerse justicia á sí mismo como habia tenido intencion, habria debido á su buen amigo una prision inmediata.

— ¿Os sorprendeis, exclamó el constable, de que un buen ciudadano como vos, haya podido ser objeto de una medida semejante?

— Con efecto.

— Pues vais á saber por qué. Pensaba yo que al leer vuestro aviso en los diarios, la persona en cuestion os escribiria ó vendria á Hillsborough, y mandé que os siguieran únicamente para ver si no teniais espías. Durante tres semanas la vigilancia no produjo resultado alguno; pero hace dos noches una jóven pasó repetidas veces delante de vuestra casa que miró con la mayor atencion. Vestia un traje sombrío y severo, por el estilo de los que usan las religiosas protestantes. Ahora bien, yo recordé que la persona que os preocupa se habia retirado á un convento, y saqué en conclusion...

— Que Gracia Garden está de vuelta, exclamó Little en el colmo de la alegría.

— Casi lo aseguraria.

— En nombre del cielo, decidme en dónde vive. ¿Ha vuelto á casa de su padre?

— No lo sé aun; mi agente no la siguió porque no tenia orden de hacerlo; pero si me prometeis ser prudente y obedecer...

— Seré docil como un niño.

— En cuanto hoy sea de noche, encended vuestra lámpara y poneos á trabajar delante de la ventana, cuidando de tener las persianas entreabiertas, para que puedan veros desde la calle. Os habeis de estar inmóvil, suceda lo que quiera.

Little prometió conformarse con estas instrucciones. Con efecto, llegada la noche, encendió la lámpara y se sentó á la ventana con un libro en la mano.

Lo que leia eran las cartas de Gracia Garden. Adelantaba la noche y una profunda tristeza habia sucedido á la febril agitacion del jóven, cuando llamaron á su puerta.

Little corrió á abrir y se encontró con un agente de policia que le traia un recado del constable.

— Todo va bien, le dijo el agente. M. Ransome sigue la pista á la persona en cuestion, esperadle mañana á las doce del dia.

— ¡Doce horas mas! exclamó Little.

Sin embargo, dió un soberano al policeman por su trabajo.

No tenia sueño, y en la impaciencia que le devoraba, tomó su sombrero y se fué á correr por los caminos á veinte millas de Hillsborough.

Al amanecer entró en casa rendido de cansancio y se durmió hasta que vino á despertarle Ransome.

— ¿Qué teneis que decirme? preguntó con ansiedad.

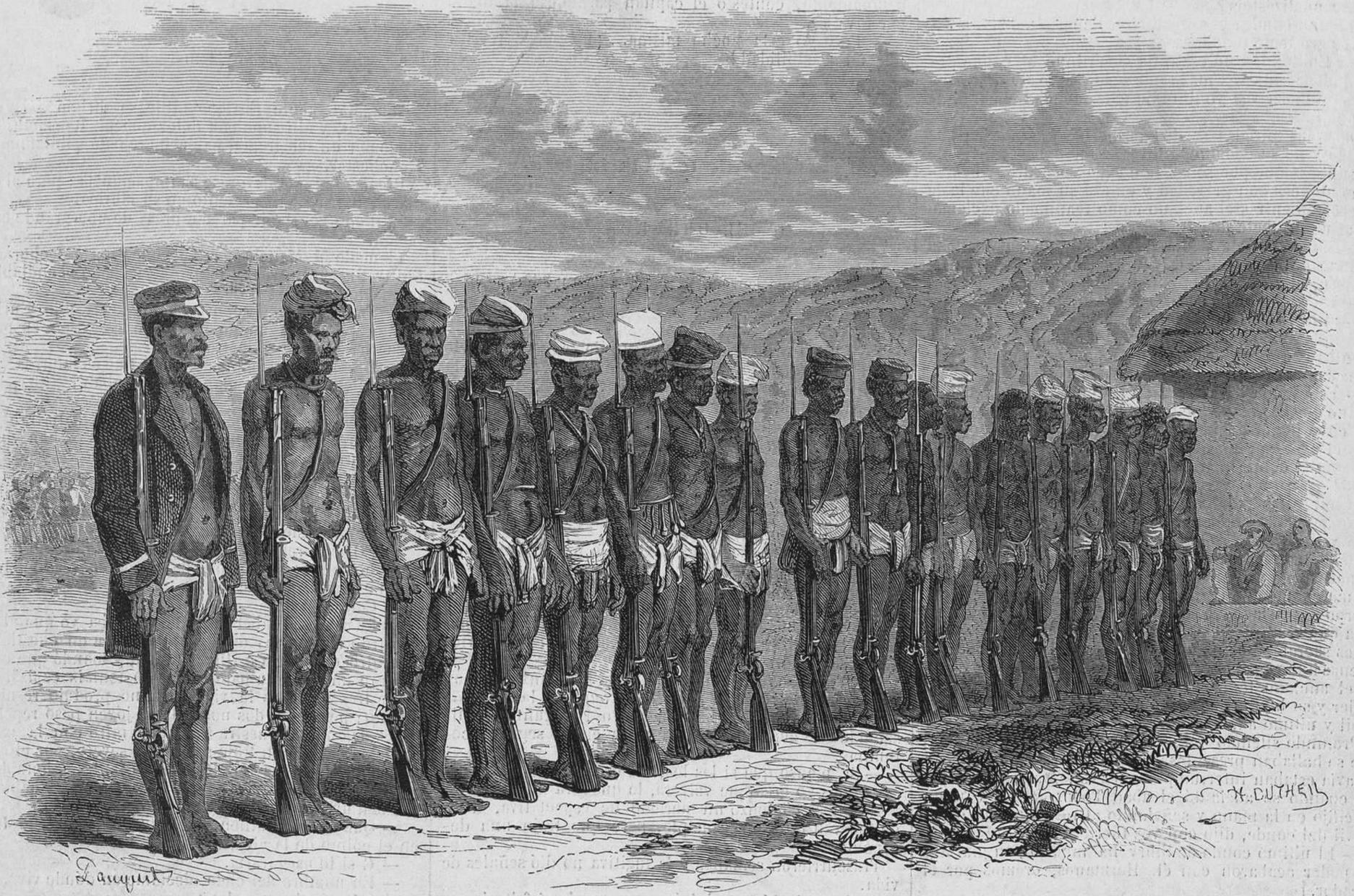
— Pasó por delante de vuestra puerta ayer noche, á cosa de las nueve, y no hizo mas que echar una mirada á vuestra ventana; pero al cabo de poco tiempo volvió y se detuvo un buen rato en el otro extremo de la calle. La observé con atencion desde un sitio en que no podia verme, y despues de haberse alejado, volvió otra vez y se deslizó como una sombra contra la pared, clavando su mirada en la luz que brillaba al través de las persianas. Creo que lloraba... ¡Pobre mujer!... Luego se alejó lentamente. No la perdí de vista y me hizo andar un buen trozo de camino... Ya os llevaré, pero tendreis que disfrazaros, pues parece estar alerta y la menor imprudencia podria asustarla.

Enrique se disfrazó con una larga barba y un sombrero que se caló sobre los ojos, y los dos amigos tomaron un coche y salieron de Hillsborough, y cuando hubieron andado como unas dos millas por el valle, Ransome mandó parar el coche y dijo al cochero que le esperase.

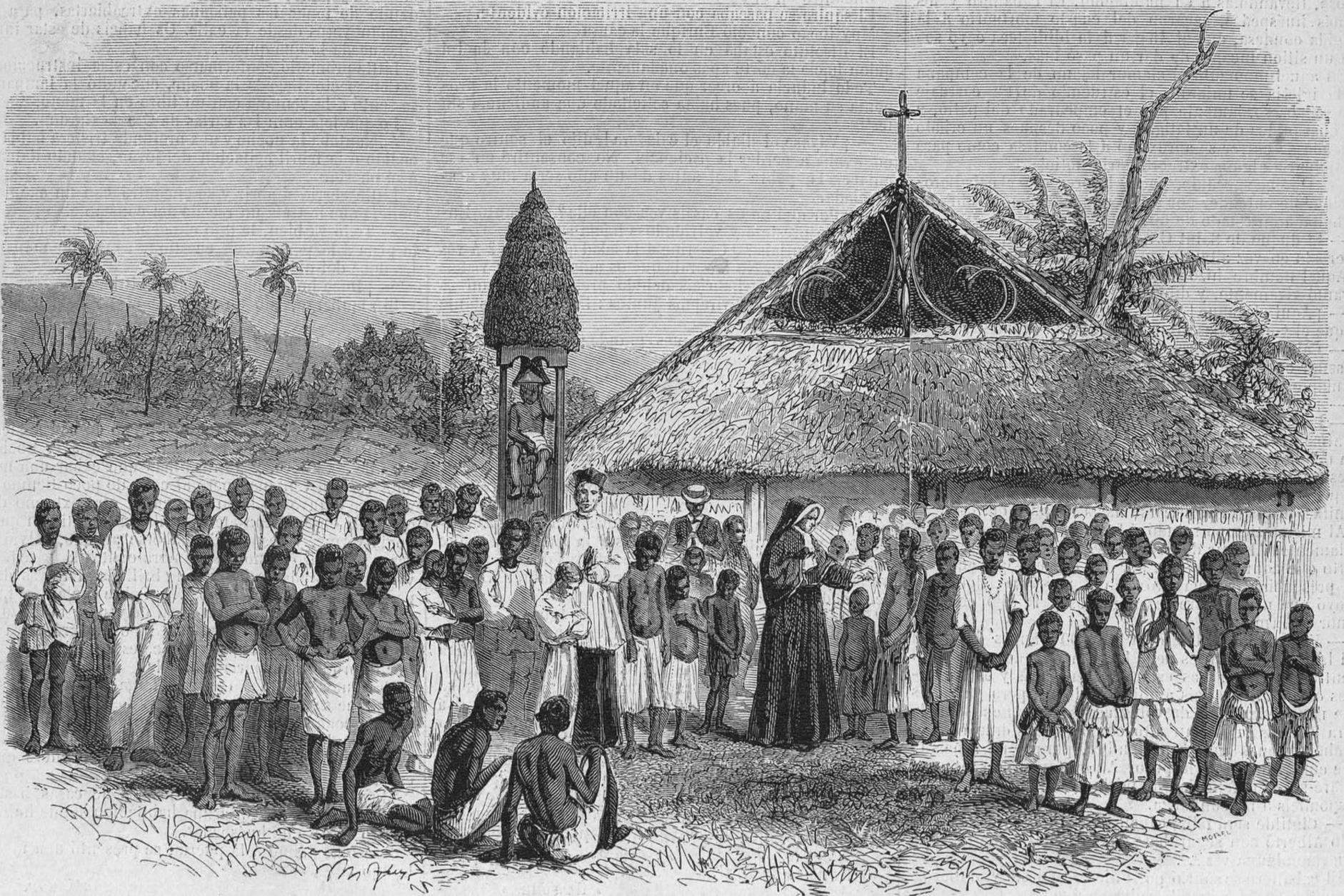
Muy luego llegaron á dos grupos de casas bastante juntos, y se acercaron á una habitacion donde habia un letrero de casa de huéspedes.

Ransome llamó á la puerta, se presentó una mujer y la dijo:

(Se continuará.)



LA NUEVA CALEDONIA. — Tropa indígena.



LA NUEVA CALEDONIA. — Mision de Pulbo.

La Nueva Caledonia

Y LOS NEO-CALEDONIOS.

(Conclusion. — Véase el N° 968.)

El porvenir es de los países jóvenes; la fortuna huye de los ancianos y tampoco favorece á los pueblos que han vivido mucho. Busquemos pues, la fortuna en países remotos.

La instalacion en la Nueva Caledonia no ofrece mas que un obstáculo, son los indígenas que resisten aun dificilmente á la sensacion de la carne, esto es, al canibalismo. Pero está probado que su número disminuye en una proporción muy tranquilizadora, y que á fines de este siglo se enseñará en las ferias á los últimos descendientes de los kanarks.

Por lo demás, los neo-caledonios son poco



LA NUEVA CALEDONIA. — Buarate, jefe de tribu indígena.

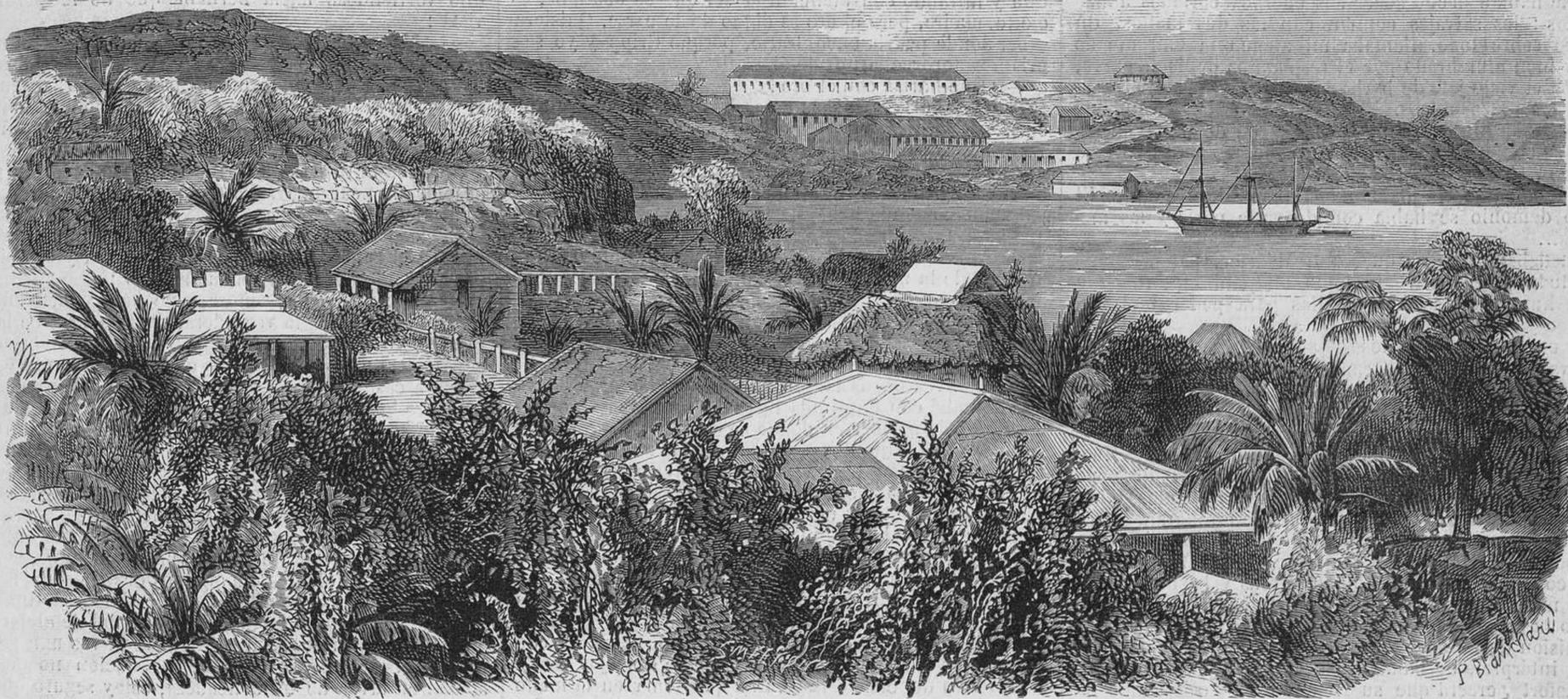
sensibles; un hombre civilizado, armado con un buen fusil, tendria en respeto á cien indígenas; con solo que aparezca en el mar una fragata, ya están protegidos los extranjeros que se aventuran en el interior.

Su inferioridad, sin embargo, no es tan absoluta como podria creerse. Si no tienen la idea justa de un Dios Creador, no debemos sacar en consecuencia que rechazan toda divinidad, pues á menudo hablan del alma del mundo, de *Nessengut*, que está por encima de todas las cosas.

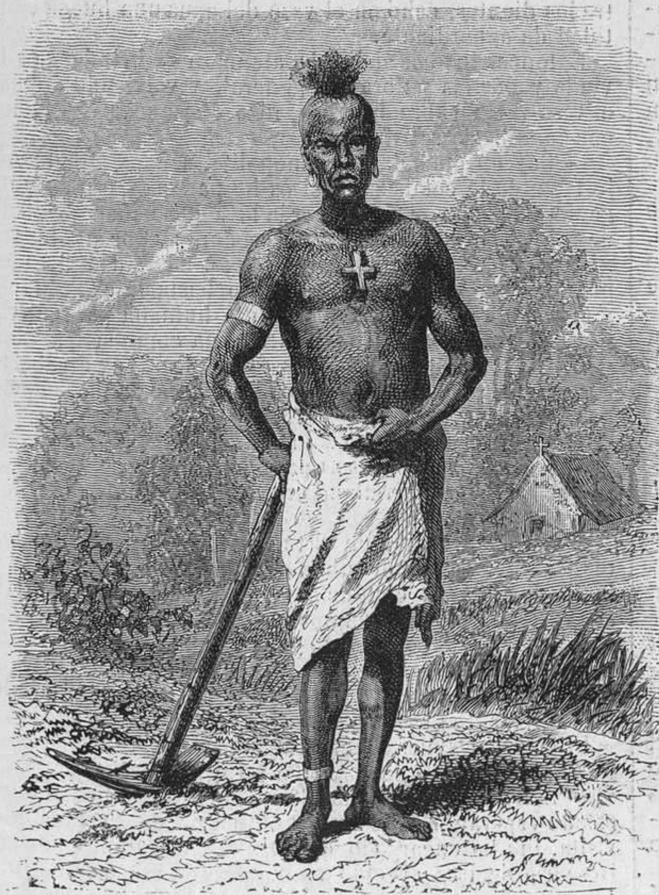
Supersticiosos hasta el exceso, creen que á todos los actos de la vida presiden genios, á la caza, á la pesca, á la guerra, etc. Naturalmente, esos infinitos genios tienen sacerdotes especiales, encargados unos de los maleficios y otros de descubrir sus autores.

Los neo-caledonios admiten una segunda vida.

Suponen que despues de la muerte, cada cual ocupará la posicion que ocupaba en este bajo mundo, que los jefes serán jefes y los súbditos súbditos toda la eternidad; pero entrevén un paraíso, estancia de delicias puramente sensuales, donde hombres



Establecimiento de la artilleria, en Numea.



Tipo indígena.

y mujeres se entregarán sin freno y sin medida á todas las voluptuosidades y á todos los goces.

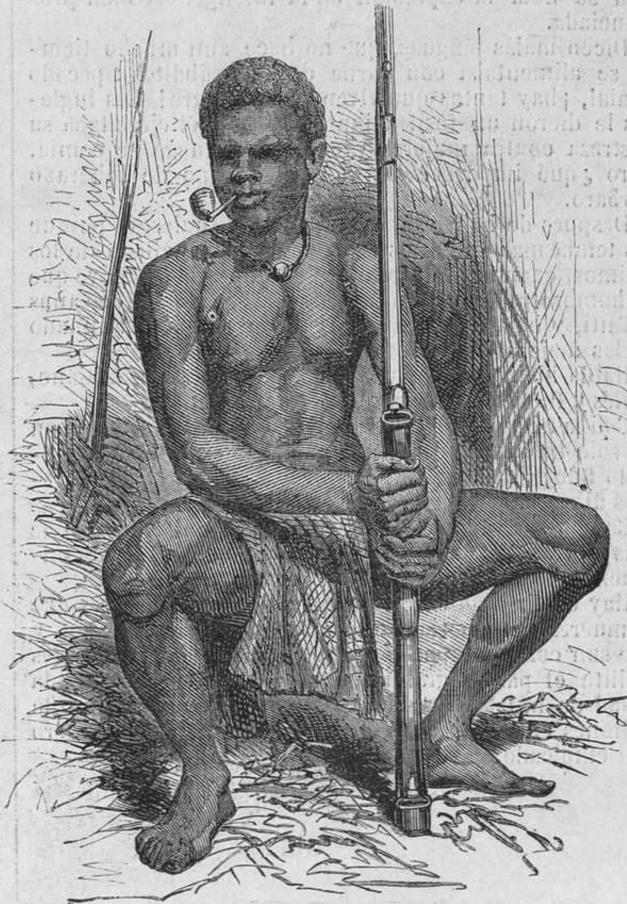
Algunas veces se suponen perseguidos por el alma de sus antepasados: se les ve dominados por una zozobra febril, subiendo cuestras, encaramándose á los cocóteros, arrojándose sobre los que encuentran para pegarlos ó matarlos, lo mismo, en fin, que si estuvieran locos.

De repente recobran la razon y vuelven á su casa muy tranquilos: ¿qué ha pasado pues? Uno de sus sacerdotes ha tenido la feliz idea de mascar algunas yerbas y arrojárselas á la cara: ¡Remedio heroico!

M. J. Garnier en su interesante obra sobre la Nueva Caledonia, nos presenta un crecido número de cuadros de costumbres que demuestran que los pobres indígenas no tienen la menor idea de la moral. ¿Los deportados europeos serán para ellos maestros provechosos? Lo dudamos. El estado salvaje que precede á la civilizacion corrompida, se dan la mano.

Un kanak y un incendiario tienen algo de comun.

M. J. Garnier asistió á un terrible combate entre dos tribus. Comenzaron por tirarse piedras, pura excitacion para los guerreros; mas luego llegaron las flechas, las lanzadas, y por fin, arrebatados de furor, los salvajes combatieron cuerpo á cuerpo como ti-



Tipo indígena.

gres. Uno de los jefes de la tribu victoriosa, cortó de un hachazo el brazo del jefe enemigo, le agitó sobre su cabeza en señal de triunfo, y arrancó con sus dientes un pedazo de aquella carne palpitante todavía.

Todos los guerreros aplaudían.

Entonces el jefe vencedor ordenó á uno de los suyos que depositara á los piés del viajero europeo la pierna de una de las víctimas como si fuese un trofeo glorioso.

— Ahí tienes un pedazo de nuestro enemigo, le dijo haciéndole el espantoso regalo. Habíase figurado que sus huesos se quedarían en la tribu, pero su cráneo se tostará al sol delante de nuestras chozas; nuestras mujeres y nuestros hijos se reirán al verle, y con su carne harán un gran festín nuestros guerreros que serán después mas valientes y mas fuertes. Elige para tí y para los tuyos la parte que mas te agrade.

Era imposible mostrarse mas obsequioso. El viajero estaba bastante familiarizado con las costumbres del país para sorprenderse; pero no pudo reprimir su repugnancia.

Por la noche hubo efectivamente una gran fiesta. El viajero, que habia abandonado á sus feroces aliados, quiso, permaneciendo él invisible, presenciar la alegría de los caníbales.

Se escondió detrás de un grupo de cocoteros y pudo ver toda la escena.

Una docena de hombres se sentaron en torno de una hoguera, y reconoció en ellos á los héroes de aquel día. Entre ellos tenían, en grandes hojas de plátanos, pedazos de carne humeante, con plátanos á guisa de pan.

Se entregaban, dice, á sus bárbaros destinos, comiéndose la carne de sus enemigos. Allí estaba el agujero en donde habian hecho cocer sus cuerpos cortados á hachazos: los salvajes comían con las dos manos. Un punto sobre todo, llamaba mi atención; enfrente de mí y bien alumbrado por el resplandor de la hoguera, estaba el viejo jefe de barba larga, con el pecho arrugado y los brazos élicos. No parecia tener tan formidable apetito como los otros, y así es que en lugar de un femur se contentaba con roer una cabeza. Esta se hallaba entera..

Sin embargo, la habian chamuscado el pelo... El viejo demonio se habia comido ya la nariz y las mejillas...

Quedaban los ojos que, entreabiertos, parecían mirar todavía: el bárbaro tomó un palillo puntiagudo y le hundió en las dos pupilas para poder vaciar el cráneo y saborear el contenido...

El cuadro era tan odioso, que un sargento de la comitiva de M. Garnier, armó su fusil y quiso matar á aquel monstruo.

Una orden se lo impidió: á tiros no se reforman las costumbres.

Eso eran hace algunos meses los indígenas de la Nueva Caledonia. Nuestros dibujos, mejor que las descripciones, les muestran como son, rara vez vestidos, ó impudicamente cubiertos. La Europa que no logrará jamás metamorfosearlos bajo el concepto moral, ha principiado por darles armas. Así es que se presentan muy ufanos con mosquetones, sables, correas y hasta chacós; pero nada de vestidos.

No hay mas que echar una ojeada á nuestro grabado la mision de Pulbo.

El intérprete de Balade que guarda á un prisionero de Lefort ¿creerá que su traje puede parecer algo ligero?

En cuanto á Buarate, jefe de Hienguene, es una personalidad notable. Observad su fisonomía: bajo su fealdad se nota la expresion de la inteligencia bien pronunciada.

Dicen malas lenguas, que no hace aun mucho tiempo se alimentaba con carne de sus súbditos: pecado venial, ¡hay tantos que viven de su sangre! Los ingleses le dieron un fusil y municiones, y él ejercitaba su destreza contra mujeres y chicos que luego se comía. Pero ¿qué importa? Era un pasatiempo de soberano bárbaro.

Después de haber sido amigo de los ingleses, porque los temía mas que á los franceses, se hizo aliado de los últimos, cuando impusieron allí su autoridad. Se ve que es hombre político: los franceses le enviaron cinco años á Taití, y ha vuelto mas amigo que nunca y animado de las mejores intenciones.

Habla bien tres lenguas además de la suya, taitiano, inglés y francés, y se expresa perfectamente.

Con la mayor afabilidad recibió á M. J. Garnier, quien no solo ha traído de él un buen recuerdo, sino un retrato fotográfico, cuya reproduccion figura entre nuestros dibujos.

Concluiremos como empezamos, manifestando que esas tierras lejanas ofrecen grandes recursos á la emigracion.

Hay en Francia cerca de un millon de hombres que se mueren de miseria, de tormentos morales y físicos y que son como una peste para la sociedad. Que se les facilite el pasaje gratuito, que se dé á los colonos la mitad de la isla, que se gasten, si es preciso, treinta millones en esta obra, y no será ciertamente un dinero mal empleado.

R. C.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 967.)

El tiempo habia transcurrido pues así, sin que suceso alguno desagradable turbase ó modificase la uniformidad de su vida, cuando en una tarde de verano se hallaban juntos en el huerto descansando de las fatigas del día. Bernabé estaba en pié, apoyado en el mango del azadon, mirando el sol que se ocultaba en el horizonte, y la viuda tenia aun el trabajo en la falda y la paja necesaria para su tarea amontonada sobre una piedra.

— ¡Qué tarde tan hermosa, madre! decía Bernabé; si tuviésemos convertidos en buenas monedas algunos pedazos de ese oro que está apilado allí en el cielo, seríamos ricos para toda la vida.

— Estamos mas tranquilos con nuestra pobreza, respondió la viuda con una apacible sonrisa. Es preciso que nos contentemos con nuestra suerte, y que no hagamos caso del oro aun cuando brillara á nuestros piés.

— Sí, dijo Bernabé cruzando los brazos sobre el azadon y mirando con atencion el sol que se ocultaba, es cierto, madre, pero el oro es digno de desearse. Quisiera saber dónde podria encontrarlo, porque Gripp y yo sabríamos aprovecharnos de él.

— ¿Qué harías con el oro?

— ¿Qué haría? Muchas cosas. Viviríamos como príncipes... quiero decir, vos y yo, porque no hablo de Gripp. Tendríamos caballos, perros, trajes ricos, colores y plumas en el sombrero, no trabajaríamos mas y viviríamos á nuestro gusto. Si, ya veríais qué bien lo emplearíamos. ¡Si supiera adónde habia de ir á desenterrarlo!... ¡Con qué gana trabajaría!

— No sabes, hijo mio, dijo la viuda levantándose y poniéndole la mano sobre el hombro, no sabes lo que han hecho muchos hombres para ganarlo, y cómo han conocido con el tiempo que nunca brilla mas que cuando está lejos, pero que pierde todo su valor y su brillo cuando se tiene en la mano.

— ¡Eh! No digais tal cosa, madre. ¿Lo creéis así? dijo Bernabé con la mirada fija en el sol. Pero no importa, quisiera saber en dónde se esconde.

— ¿No ves, hijo mio, qué rojo es? No hay nada en el mundo que tenga tantas manchas de sangre como el oro. Huye de él, Bernabé. No existe nadie que tenga como nosotros tantos motivos para detestarlo hasta de nombre. El oro ha amontonado sobre tu cabeza y sobre la mia mas miseria y padecimiento que halló persona jamás en el mundo. Antes que verte anhelar el oro, preferiría que estuviéramos muertos y durmiendo en el sepulcro.

Bernabé volvió la cabeza para mirar á su madre con asombro, y dirigiendo alternativamente sus ojos desde el rojo vivo del cielo á la cicatriz que tenia en la mano como para comparar su color, iba á hacer á su madre una pregunta, cuando un nuevo objeto llamó de pronto su atencion, fácil de distraer, y le hizo olvidar completamente su designio.

La viuda y su hijo vieron detrás de las matas que separaban el huerto del camino, un hombre con la cabeza descubierta y con el traje lleno de polvo, que se inclinaba modestamente hacia ellos como para terciar en su conversacion cuando pudiera encontrar la ocasion de hablar. Tenia tambien la cara vuelta hacia el sol, pero sus ojos expuestos á los rayos de luz indicaban con su inmovilidad que era ciego y que no los sentía.

— ¡Dios bendiga las voces que llegan á mi oído! dijo el viajero. La tarde me parece mas hermosa al oírlas, porque las voces reemplazan para mí á los ojos. ¿Se dignarán continuar hablando para recrear el corazón de un pobre peregrino?

— ¿No tenéis lazarillo? preguntó la viuda tras un momento de silencio.

— No tengo mas guia que este, respondió levantando el palo, y algunas veces por la noche un astro mas grato para dirigir mis pasos, pero en este momento descansa.

— ¿Venís de un largo viaje?

— De un viaje largo y cansado, respondió el ciego moviendo la cabeza. ¿Qué es esto? Acabo de tocar con el palo el brocal de vuestro pozo... ¿Tendréis la bondad de darme un vaso de agua, señora?

— ¿Por qué me llamáis señora? dijo la viuda. Soy tan pobre como vos.

— Porque tenéis la voz dulce y distinguida, por eso; para mí, cuando no puedo tocarlos, lo mismo es el sayal que la seda. No puedo juzgar de las personas por el traje.

— Venid por aquí, dijo Bernabé que habia salido del huerto á recibirle. Dadme la mano. ¿Sois, pues, ciego y estais siempre en la oscuridad? ¿No os dan miedo las tinieblas? ¿Veis entre las sombras una multitud de figuras que cuchichean no sé qué palabras haciendo muecas?

— ¡Ah! repuso el ciego, no veo nada; que duerma ó que esté despierto, nunca veo nada.

Bernabé le miró los ojos con curiosidad, y se los tocó como podria haberlo hecho un niño al conducirlo á la casa.

— Si venís de lejos, dijo la viuda saliendo á recibirle á la puerta, ¿cómo no habeis encontrado el camino?

— Siempre he oído decir que el tiempo y la necesidad son excelentes maestros, y en efecto, son los mejores, dijo el ciego sentándose en la silla adonde le habia conducido Bernabé y dejando el sombrero y el palo en el suelo. Sin embargo, Dios quiera que vos y vuestro hijo no necesiteis sus lecciones.

— Y á pesar de tan buenos maestros os habeis desviado de vuestro camino, dijo la viuda con tono compasivo.

— Será posible, será posible, repuso el ciego suspirando, pero con una extraña sonrisa. Las piedras de los caminos, las cercas y los postes no hablan conmigo. Os doy las mas expresivas gracias por haberme proporcionado una silla para descansar y un vaso de agua para apagar mi sed.

Al mismo tiempo tomó el vaso y se lo llevó á los labios.

Era una agua hermosa, cristalina, fresca y apetitosa, pero no la encontraría de su gusto ó tendria poca sed, porque no hizo mas que humedecer los labios y volvió á dejar el vaso sobre la mesa.

Llevaba pendiente de una larga correa en torno del cuello una especie de saco ó zurrón donde depositaba sus provisiones. La viuda le presentó un pedazo de pan y queso, pero el ciego le dió las gracias diciendo que, merced á algunas almas caritativas, habia almorzado por la mañana y que no tenia apetito.

Después de esta respuesta, abrió el zurrón para sacar algunos peniques, lo único que parecia tener dentro, y dijo volviéndose hacia Bernabé que no le perdía de vista:

— ¿Me permitiréis que os pregunte, á vos que no estais privado del don precioso de la vista, si tendríais la bondad de ir á comprarme un pan para sostenerme en el camino? ¡Dios derrame sus bendiciones sobre los ágiles piés que van á molestarse para acudir en auxilio de la miseria de un pobre ciego!

Bernabé miró á su madre que le indicó que podia aceptar el encargo, y salió de la casa impulsado por sus sentimientos generosos.

El ciego escuchó con atencion hasta que se perdió á lo lejos el rumor de los pasos del idiota, y cambiando bruscamente de tono y ademanes dijo:

— Habeis de saber, señora, que hay cegueras de cegueras además de la verdadera, de la física, de la que ofrezco yo un ilustre ejemplo. Tenemos la ceguera conyugal, que habeis podido observar vos, y que es una ceguera casi voluntaria y que se pone ella misma la venda sobre los ojos; tenemos la ceguera de partido y de los hombres de Estado, la cual se parece á un toro furioso en medio de un regimiento de soldados con uniforme encarnado; existe la confianza ciega de la juventud que se parece á la ceguera de los gatitos cuyos ojos no se han abierto aun á la luz; finalmente, señora, hay una ceguera de inteligencia de la cual nos presenta una muestra ese interesante jóven, vuestro hijo, y que á pesar de algunos fulgores, de algunos destellos lúcidos, no puede inspirar mas confianza que las densas tinieblas. Por esta razon me he tomado la libertad de alejarle de aquí por algun rato mientras tengo con vos una pequeña conversacion, y como esta precaucion no deja de abogar en favor de mi delicadeza, estoy seguro que me perdonareis.

Después de pronunciar este discurso con maneras elegantes y con desembarazo, sacó de debajo de la blusa una calabaza, la destapó, y mientras tenia el corcho entre los dientes, echó en el vaso del agua una buena cantidad de aguardiente.

Entonces tuvo la delicada atencion de brindar por la viuda y por las señoras en general, y volviendo á dejar el vaso vacío sobre la mesa, hizo chasquear los labios con manifiesta satisfaccion.

— Soy un ciudadano cosmopolita, señora, dijo el viejo tapando la calabaza, y si os he parecido franco y de genio abierto, voy á merecer la idea que habeis formado de mí. Os preguntareis tal vez, señora: ¿por qué ha venido aquí este hombre? No tengo necesidad de ojos para leer en los vuestros, pues me basta la experiencia y el conocimiento de la naturaleza humana para adivinar los movimientos de vuestra alma como si los viera escritos en vuestras facciones femeniles. Voy á satisfacer al instante vuestra curiosidad, señora, inmediatamente.

Y dando una palmada sobre la calabaza, la ocultó debajo de la blusa, se puso una pierna sobre otra, se cruzó de brazos y se arrellanó en la silla antes de proceder á sus explicaciones.

Esta trasformacion en el tono de la voz y en los ademanes habia sido tan súbita é inesperada, la astucia y la audacia de su conducta formaban tal contraste con su dolencia, porque estamos acostumbrados á ver en los que han perdido el uso de algun sentido colmado este vacío por no sé qué divino, y esta metamorfosis inspiraba tantos temores á la viuda, que le fué imposible pronunciar una sola palabra.

El ciego, después de esperar una reflexion ó una respuesta, y viendo que esperaba en vano continuó:

— Señora, yo me llamo Stagg. Un amigo mio, que ha estado esperando cinco años el honor de haceros una visita, me ha encargado que viniera á cumplir por él. Desearia deciros al oído el nombre de ese caballero... ¿Sois sorda, señora? ¿No oís que os digo que desearia introducir por el oído el nombre de mi amigo?

— Os he oído, os he oído, respondió la viuda con un gemido ahogado; no sé de parte de quién venís.

— Os aseguro, señora, como hombre de honor, dijo el ciego dándose un golpe en el pecho, que no hay motivo para dudar de los poderes de que vengo revestido, y por lo tanto me permitiré repetiros que quiero ¿oís? que quiero deciros el nombre de ese caballero. ¡Bien! ¡bien! añadió como si viera con su oído sutil hasta el movimiento de las manos de la viuda al rechazar aquella confianza. Con vuestro permiso, señora, deseo el favor de deciroslo en voz baja.

La viuda se acercó y bajó la cabeza, y el ciego le murmuró un nombre al oído.

La pobre mujer se retorció las manos y se paseó de un extremo á otro del aposento llena de desesperación.

El ciego con la calma mas completa sacó otra vez la calabaza, vertió en el vaso mas de dos dedos de aguardiente, empuñó el codo como antes, y saboreando el licor á pequeños sorbos, contempló á la pobre viuda en silencio.

— Veo que no sois muy habladora, y es un mérito para vuestro sexo, dijo durante un breve intervalo entre dos sorbos. ¿Preferís acaso que hablemos delante de vuestro hijo?

— ¿Qué queréis de mí? ¿Qué pedís?

— Somos pobres, señora, muy pobres, respondió el ciego extendiendo la mano derecha y frotándose el dedo pulgar con la palma de la mano.

— ¡Pobres! exclamó la viuda. ¿Soy yo acaso rica?

— Las comparaciones son siempre odiosas, dijo el ciego. No lo sé, y no me importa. Lo que sé es que somos muy pobres. Los negocios de mi amigo van muy mal, y no son mas brillantes los míos. Reclamamos nuestros derechos ó una indemnización. Por otra parte, lo sabéis tan bien como yo... ¿Para qué tanto charlar? Al asunto.

La viuda continuó paseándose por el aposento llena de terror.

Se paró al fin de pronto delante del ciego, y preguntó:

— ¿Está cerca de aquí?

— Sí, muy cerca.

— ¡Estoy perdida!

— ¿Perdida? dijo el ciego con calma. Por el contrario, decid mas bien que estais hallada. ¿Queréis que le llame?

— ¡No, no! respondió la viuda estremeciéndose.

— Como gustéis, repuso el ciego cruzando nuevamente las piernas, porque habia hecho ademán de levantarse para ir á la puerta. Como gustéis, señora; no creo que sea necesaria su presencia. Pero volvamos al asunto: mi amigo y yo hemos de vivir, y como para comer y beber se necesita dinero... al buen entendedor con pocas palabras, etcétera.

— ¿No sabéis que yo tambien vivo en medio de privaciones? Es preciso fingir que lo ignorais. Si tuviérais ojos y pudiérais mirar en torno vuestro, tendríais lástima de mí viendo tanta miseria. ¡Ah! señor, creo que teneis buen corazón y que os compadeceréis de esta pobre mujer.

El ciego hizo chasquear los dedos y respondió:

— Al orden, señora, al orden; os separais de la cuestion. Tengo el corazón mas tierno del mundo, pero esto no da de comer. Por el contrario, conozco muchos caballeros que se lo pasan muy bien y tienen el alma de Cain y el corazón duro como una roca. Oid, señora. No se trata aquí de corazones ni de ternezas. Como amigo y como mensajero deseo arreglar el asunto de una manera satisfactoria si es posible. Si sois pobre como decís, es por vuestro gusto, porque teneis amigos que no os dejarían padecer si lo supieran. Mi amigo se halla en la posición mas triste y precaria que puede imaginarse, y como vos y él sois eslabones de una misma cadena, es muy natural que acuda á vos para obtener auxilio. Durante mucho tiempo ha comido y bebido á mis expensas, porque, como os decia antes, tengo el defecto de ser tierno de corazón, y no puedo menos de reconocer, como buen amigo, que está en su derecho recurriendo á vuestra generosidad. Vos habeis vivido siempre bajo techado, y él ha andado siempre errante, sin casa ni hogar; vos teneis un hijo que os ayuda y consuela, y él está solo... completamente solo en el mundo. Ya veis que las posiciones respectivas no son iguales. Ya que os embarcásteis en el mismo buque, es preciso que se reparta el lastre con mas equidad.

La viuda iba á responder, pero el ciego la interrumpió diciendo:

— Un momento y concluyo. El único medio de hacerlo, es que nos proporcionéis fondos á mí y á mi digno amigo; este es el consejo que queria daros. No os tiene odio ni rencor, señora, nada de eso; porque á pesar de la dureza con que le habeis tratado mas de una vez arrojándole de vuestra casa como un perro, os tiene, segun creo, tantas consideraciones, que aun en el caso de que burlárais hoy su esperanza, consentiría en encargarse de vuestro hijo para darle la educación correspondiente.

Pronunció estas últimas palabras con una expresión particular y calló para ver el efecto que habían producido.

La pobre viuda solo respondió con el llanto.

— Ese muchacho, dijo el ciego con ademán reflexivo, no es tan idiota como parece á primera vista, y se puede sacar de él algun provecho. Segun he oído en la conversacion que teníais cuando llegué, está dispuesto á romper con la monotonía de la vida que lleva aquí... Pero dejando á un lado este punto, tengo encargo de deciros que mi amigo necesita sin falta veinte libras es-

terlinas. Ya que rehusais una pensión para vos, podeis hacerle fácilmente este favor. No creo que os gustase ver turbada por tan poca cosa la paz de vuestra casa. Segun parece, os encontráis bien aquí, y es preciso hacer un pequeño sacrificio para asegurar vuestra tranquilidad. Por otra parte, veinte libras es una friolera. Ya sabéis que podeis tenerlas cuando querais. Escribís una cartita, y á vuelta de correo llegan las veinte libras esterlinas.

La viuda iba á responder cuando la interrumpió nuevamente para decirle:

— No os apresureis á darme la contestación, porque podríais arrepentiros. Pensadlo despacio. Veinte libras esterlinas... tomadas del bolsillo ajeno... no es cosa del otro mundo. Reflexionad... no tengo prisa. Va llegando la noche, y si no me dais hospedaje, no iré muy lejos. ¡Veinte libras! Os cedo veinte minutos para reflexionar, una libra esterlina por minuto. El trato es ventajoso para vos. Entre tanto, voy á tomar un rato el aire, que es muy puro y muy saludable en este país.

Y al mismo tiempo salió á tientas llevándose la silla.

Se sentó debajo de una madreseña, y extendiendo las piernas al través de la puerta para que no entrase ni saliese nadie sin su conocimiento, sacó del bolsillo una pipa, una piedra de chispa, un eslabon y yesca y se puso á fumar sosegadamente.

La tarde era apacible, el viento fresco y perfumado y el cielo estaba teñido con los mas hermosos colores.

De vez en cuando el ciego se paraba para dejar que el humo de la pipa ascendiera en espirales y para respirar el delicioso perfume de las flores. ¡Se hallaba allí tan bien! Parecia un respetable y bondadoso patriarca, y esperaba sin impaciencia la respuesta de la viuda y el regreso de Bernabé.

XLVI.

Cuando Bernabé volvió con el pan y vió al anciano peregrino fumando y sentado con tanta franqueza como si estuviera en su propia casa, pareció causarle gran sorpresa, especialmente cuando reparó que el respetable personaje, en vez de tomar con cuidado el pan y guardárselo en el zurrón, lo dejaba con indiferencia en la mesa, y sacaba la botella invitándole á sentarse á su lado y echar un trago.

— Nunca me embarco sin provisiones, dijo. Pruébalo. ¿Qué tal, es bueno?

El aguardiente era tan fuerte que los ojos de Bernabé lloraban y no pudo responder si era ó no excelente.

— ¡Otro traguillo, muchacho! dijo el ciego. No hagáis aspavientos; no bebéis de esto todos los días.

— ¿Todos los días? exclamó Bernabé; nunca.

— Eres muy pobre, repuso el ciego suspirando. Hé aquí el mal. Tu madre, la pobre mujer, sería mas feliz si tuviera dinero, Bernabé.

— Sí, pero ¿en dónde está el dinero? Precisamente le hablaba de esto cuando le habeis llegado al ver todo el oro que brillaba en el cielo, dijo Bernabé acercándose al ciego y mirándole con atención. Decidme. ¿No habria medio de llegar á ser rico?

— Hay mil.

— ¿Será cierto? ¿Y qué medios son esos? No os enfadéis, madre, que hago por vos esta pregunta, no por mí... Cuando digo que es por vos... ¿Qué medios son esos? Veamos.

El ciego volvió el rostro con una sonrisa de triunfo hacia la viuda que estaba muy agitada.

— En primer lugar, para llegar á ser rico es preciso no estarse metido siempre en casa.

— ¡Metido siempre en casa! exclamó Bernabé. No lo direis eso por mí, ó estais en un error, porque la mayor parte del día salgo de casa al amanecer y no vuelvo hasta la noche. Me encontraríais en el bosque antes que el sol haya alejado las sombras, y estoy aun allí muchas veces cuando sale la luna y mira al través de las ramas para ver la otra luna que hay en el agua. Corro de un lado á otro, de derecha á izquierda, y busco entre las piedras y el musgo para ver si hallo alguna de esas monedas que tanto cuestan de ganar á mi madre y por las cuales vierte tantas lágrimas. Y cuando estoy reclinado á la sombra ó me duermo, sueño que desentierro un monton, que descubro arcos llenos de oro debajo de las malezas, y que veo brillar las monedas en las hojas de los árboles como gotas de rocío. Y sin embargo, nunca encuentro ninguna. Decidme dónde hay, que aunque hubiese de andar un año iría á buscarlas, porque sé como vos que sería mas feliz cuando volviera cargado de oro. Habladme; os escucharé aunque no duerma en toda la noche.

El ciego se levantó para pasar la mano por todo el cuerpo del pobre idiota, y viendo que tenia los codos apoyados en la mesa, la cabeza en las dos manos, y que se inclinaba con avidez hacia él indicando en su actitud el interés y la impaciencia que le animaban, se calló un momento antes de responder para que la viuda pudiera contemplar á su hijo.

— El dinero, Bernabé, está en las alegres diversiones del mundo, entre la multitud y el estruendo de las ciudades, no en los sitios solitarios como estos donde pasas la vida oscuramente.

— ¡Bravo! ¡bien! exclamó Bernabé frotándose las manos. Eso es lo que á mí me gusta. Y tambien á Gripp. Eso es lo que necesitamos los dos.

— En las grandes ciudades, continuó el ciego, un joven que ama á su madre puede hacer mas en un mes por ella, y por él tambien, que aquí en toda su vida.

Por supuesto, teniendo un amigo que le dirija, que le dé buenos consejos.

— ¿Oís, madre? dijo Bernabé volviéndose hacia ella radiante de alegría. ¡Y me direis todavía que el oro no vale la pena de bajarse para cogerlo aun cuando brillase á nuestros pies! ¿Y por qué lo buscamos ahora? ¿Por qué nos matamos de día y de noche para ganar algunas monedas?

— Es cierto, dijo el ciego, es cierto... Señora, ¿aun no habeis pensado la contestación? ¿No estais aun decidida? añadió en voz baja.

— Deseo hablaros á solas.

— Llevadme adonde querais, dijo Stagg levantándose de la silla. ¡Animo, Bernabé! Despues hablaremos un rato. Me gustas, muchacho. Espera un poco, luego vuelvo... Vamos, señora.

La viuda le llevó á la puerta, y despues al huerto, donde se pararon.

— Buena elección ha hecho en vos, dijo en voz baja; sois el hombre mas digno de representar al que os envia.

— Se lo diré así de parte vuestra, respondió Stagg. Como os tiene tanta consideración, el elogio que os dignais hacer de mí no podrá menos de contribuir á que me aprecie mucho mas. Pero necesitamos nuestros derechos.

— ¡Vuestros derechos! ¿Sabéis que una sola palabra mia?...

— ¿Por qué no continuais? repuso el ciego con calma despues de un largo silencio. ¿Creeis que ignoro que una palabra vuestra bastaria para hacer bailar á mi amigo el último paso que se puede bailar en este mundo? Sí, lo sé muy bien. ¿Pero no me consta al mismo tiempo que no saldrá jamás de vuestra boca esa palabra?

— ¿Estais seguro?

— Estoy tan seguro que ni siquiera permitiré que perdamos el tiempo en discutir esta cuestion. Os repito que reclamamos nuestros derechos ó una indemnización. No nos separemos de ese punto, ó vuelvo á reunirme con mi amigo, porque ese muchacho me interesa y me dan tentaciones de ponerle en camino para hacer fortuna. Ya... ya sé lo que ibais á decir, añadió al momento; no teneis necesidad de volver á tocar esa cuerda, porque es tiempo perdido. Queréis preguntarme cómo no tengo compasión de vos siendo un pobre ciego. El argumento es falso. ¿Os imagináis acaso que porque no veo he de valer mas que los que ven? ¿Con qué derecho? ¿No parece que la mano de Dios se manifiesta mas bien en mí privándome de la vista que en vosotros dejándoos ver? Teneis un modo de discutir muy peregrino los que veis. Se trata de un ciego que ha robado, que ha mentido, que ha asesinado, y todo el mundo exclama: ¡Qué horror! ¿Acaso es mas culpable porque mendiga por las calles que vosotros que podeis ver, trabajar y vivir independientes de la caridad ajena? ¡Idos al diablo! Creeis que como teneis vuestros cinco sentidos podeis ser tan viciosos como querais; pero en cambio pretendéis que nosotros, que solo tenemos cuatro y que nos falta el mas precioso, seamos honrados por fuerza como lo entiende el mundo. ¡Hé aquí la caridad y la justicia del rico para el pobre!

Se paró entonces de pronto, y al oír sonar dinero en la mano de la viuda, continuó con mas calma:

— Bien, hé aquí el único medio de arreglar los negocios. ¿Está ahí toda la cantidad?

— Quiero que me contesteis antes á una pregunta. Decís que está cerca de aquí. ¿Ha partido de Lóndres?

— Si está cerca de aquí, es natural que haya partido de Lóndres.

— Sí, pero quiero decir, si ha partido para mucho tiempo.

— Solo os contestaré, y con esto os doy una prueba de lealtad y de franqueza, que si hubiera permanecido allí por mas tiempo, lo hubiese pasado muy mal. Por esta razon poderosa ha partido de Lóndres.

— Escuchad, dijo la viuda haciendo sonar las monedas en el banco de piedra donde estaban sentados; contad.

— Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, dijo el ciego escuchando. ¡Cómo! ¿Y las otras?

— No tengo mas; son los ahorros de cinco años.

El ciego tomó una de las monedas, la palpó con detención, la apretó con los dientes, la hizo sonar en el banco é invitó á la viuda á que continuase.

— Estas guineas las he reunido penique por penique para los casos de enfermedad ó previendo la muerte que podria arrebatarle á mi hijo; es el precio de cinco años de hambre, de vigiliias y de trabajo. Si no vacilais en aceptarlas, hacedlo, pero ha de ser con la condicion de que habeis de salir de esta casa al momento, y de que no volvereis á ver á mi hijo que os está esperando.

— ¡Seis guineas! dijo el ciego moviendo la cabeza; es verdad que tienen el peso y son de buena ley, pero no son las veinte que os pido.

— Ya sabéis que para adquirir esa cantidad tendria que escribir, y que el enviar una carta y esperar la contestación exige tiempo.

— Unos dos días, dijo Stagg.

— Mas.

— ¿Cuánto?

— Ocho días. Volved dentro de ocho días á la misma hora, pero no aquí; esperadme en la esquina de la primera calle.

— Y por supuesto, dijo el ciego con acento irónico; puedo estar seguro de encontraros aun aquí.

— ¿A dónde queréis que vaya á buscar un asilo? ¿No estais contento despues de haberme reducido á la men-

dicidad y de haberme despojado del pequeño tesoro, tan dolorosamente reunido, y que sacrifico en este momento? ¿No queréis dejarme en paz en mi casa?

— ¿No me engañais? Pero no importa, dijo el ciego tras algunos momentos de reflexion; poneme de frente al sitio donde me citais. ¿Estoy bien así?

— Sí.

— Pues bien, hasta dentro de ocho dias al anochece. Saludad de mi parte á vuestro hijo. ¡ Buenas tardes! La viuda no le contestó, atencion que tampoco él esperaba.

Así pues, se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza y parándose para escuchar, como si tuviera curiosidad de saber si alguien le observaba ó le seguía los pasos.

Las sombras de la noche se amontonaban por mo-

mentos, y muy pronto desapareció el mensajero en la oscuridad.

La viuda no entró en su cabaña hasta despues de recorrer la calle y asegurarse de que el ciego estaba lejos.

Entonces se dió prisa á cerrar la puerta y la ventana.

— Madre, ¿qué habeis hecho? ¿En dónde está el ciego?

— Ha partido.

— ¡ Ha partido! exclamó con disgusto. ¡ Tenia que preguntarle tantas cosas! ¿ Por dónde se ha marchado?

— No lo sé, respondió su madre cogiéndole del brazo. No salgas esta noche. Hay duendes y fantasmas.

— ¡ Duendes! dijo Bernabé en voz baja estremeciéndose.

— No salgas esta noche. Mañana partiremos.

— ¿ A dónde?

— Iremos muy lejos, á Londres.

— ¿ Y dejaremos esta casa tan hermosa y esa huerta, madre?

— Nos es forzoso huir á la ciudad y evitar que nos sigan y nos hallen. Despues partiremos otra vez para buscar otra casa como esta. Es fuerza, hijo mio.

No eran necesarios grandes esfuerzos de persuasion para reconciliar á Bernabé con la idea de un viaje. Al principio prorumpió en exclamaciones de alegría, y un momento despues estaba lleno de dolor al pensar que iba á separarse de sus amigos los perros. Otro momento despues estaba mas contento que nunca, despues se estremecia al recordar que su madre le habia hablado de duendes que le impedian salir aquella noche, y hacia mil extrañas y diversas preguntas, y por último, domi-



LA NUEVA CALEDONIA. — Los Paletuvios.

nando su miedo, merced á la inconstancia de sus sentimientos, se acostó vestido para estar mas pronto á la mañana siguiente, y no tardó en dormirse al lado del fuego.

La viuda no cerró el ojo en toda la noche, y permaneció junto á su hijo en vela. Cada soplo del viento resonaba en su oído como el rumor de aquellos pasos que conocia tan bien, ó como si una mano malvada empujara la puerta.

Aquella pacífica noche de verano fué para ella una noche de horror.

¡ Gracias á Dios! Por fin apuntó la aurora.

Cuando terminó sus preparativos de viaje y se arrodilló para rezar vertiendo copioso llanto, despertó á Bernabé, quien se puso en pié al momento.

El paquete de su ropa no era una carga muy pesada, y Gripp era una diversion mas bien que un estorbo, de modo que en el momento que el sol enviaba á la tierra sus primeros rayos, cerraron la puerta de su casa que quedaba abandonada, y partieron.

El cielo estaba sereno y azul, y el aire era fresco y perfumado.

Bernabé se reía á carcajadas.

Pero como era uno de los dias que acostumbraba dedicar á sus grandes excursiones, uno de los perros, el mas feo de todos, salió al encuentro del idiota saltando y ladrando de alegría.

Bernabé tuvo que hacer un esfuerzo para despedirle amenazándole. El perro se retiró retrocediendo ya como si tomase la casa á broma, ya como suplicando, y despues de dar algunos pasos precipitados se paró como asombrado.

Era la última súplica de un antiguo compañero, de un amigo fiel... que perdía para siempre. Bernabé no pudo soportar esta idea, y cuando se despidió con la mano y moviendo la cabeza de su compañero de diversiones y de paseos, prorumpió en un torrente de lágrimas.

— ¡ Madre, madre mia! ¡ Qué triste se pondrá cuando vaya á arañar la puerta y la encuentre cerrada siempre!

No era él el único que pensaba en la casa. Los ojos de la viuda bañados en lágrimas indicaban tambien que no podia olvidarla, pero no se hubiera quedado en ella por todo el oro del mundo.

XLVII.

En el catálogo de las gracias inagotables que el cielo ha prodigado al hombre debe ocupar sin contradiccion el lugar preferente la facultad que tenemos de encontrar algunos gémenes de consuelo en nuestras tribulaciones, y no tan solo porque eso nos reanima y sostiene cuando mas necesidad tenemos de apoyo, sino porque en esta fuente de consuelo hay cierta cosa, segun podemos creer, que emana del espíritu divino, cierto reflejo de esa bondad suprema que saca de entre nuestras faltas una cualidad que las rescata, y cierto aliento que hasta en nuestra caída disfrutamos con los ángeles y que se remonta á aquellos antiguos tiempos en que ellos recorrian la tierra y que han dejado, al subir otra vez al cielo, por compasión á los hombres.

(Se continuará.)